

VICENTA M.^a MÁRQUEZ DE LA PLATA Y FERRANDIZ

MUJERES
DE ACCIÓN
EN EL SIGLO
DE ORO



CATALINA DE ERAUSO
ISABEL BARRETO DE MENDAÑA
ANA DE AUSTRIA
ANA DE MENDOZA
MARGARITA DE PARMA
ISABEL CLARA EUGENIA

2006





El interior de un hogar en el siglo XVII.
Palacio del Suroeste, Madrid.

—El Siglo de Oro

No hay una fecha determinada para delimitar ni el nacimiento ni el final del llamado Siglo de Oro. Autores varios le han dado límites diversos, inclusive lo han estirado para arropar dentro de este nombre al Renacimiento considerando entonces, más que el Siglo de Oro, una Edad de Oro, que duraría desde la muerte de Jorge Manrique en 1479 hasta la de Calderón en 1681, aunque en general los autores y estudiosos coinciden en que el Siglo de Oro está en verdad a caballo entre dos siglos: el XVI y el XVII, dejando para los períodos anteriores y posteriores otras denominaciones, como el Renacimiento, desde Juan II (1406-1464) hasta mediados del XVI, y el Barroco a partir de la segunda mitad del siglo XVII.

Nosotros, por comodidad y para acotar nuestras investigaciones, lo situaremos entre dos años bien determinados, advirtiendo que se pueden extender algunos años, y aun decenios, antes y después de "nuestra" fecha.

Así pues, por conveniencia, pero con bastante exactitud, señalamos como año del comienzo del Siglo de

Oro, el de 1547. En este año suceden cosas trascendentales que cambiarán la faz de Europa. Nace Cervantes, mueren monarcas importantes en Europa y son reemplazados por otros. En Francia muere Francisco I, el eterno rival de Carlos V, y también desaparece Enrique VIII de Inglaterra. Ambos habían sido enemigos acérrimos del Imperio de los Habsburgo. La intervención de estos reyes en la política europea había logrado desviar gran parte de los recursos disponibles, tanto en dinero como en hombres, hacia esos frentes, desperdiando así la vitalidad del Imperio y muy especialmente la de España.

Dos peligros mortales se cernían sobre Europa, y tanto Inglaterra como Francia pretendían ignorarlas, aprovechando, por el contrario, la tesitura para su propio engrandecimiento. El más visible era el del Turco, que amenazaba con romper la frontera oriental e invadir Europa por su límite levantino, como los otros musulmanes, los árabes, ya lo habían hecho en el siglo VIII por su límite suroccidental. El otro peligro, el de la Reforma, amenazaba con inmolrar las naciones desde dentro, implosionarlas, con matanzas entre conciudadanos y hasta convecinos. A partir del descubrimiento de la imprenta se había puesto al alcance de todas las personas la posibilidad de leer directamente la Biblia; esto, junto con el pensamiento Renacentista, llevó al libre examen y a su vez, ello cobijado por las ideas de Erasmo de Rotterdam terminó por prender el fuego de la discordia religiosa en casi todos los países de Europa. Éste, en 1516, había publicado una obra que a partir de mediados de siglo tuvo una amplia repercusión en los círculos reformistas: una nueva edición de los *Nuevos Testamentos* que, utilizando los métodos filológicos propios del humanismo, descalificaba la Biblia que hasta entonces había sido utilizada oficialmente por la Iglesia: la *Vulgata*. Al descalificar la traducción tradicional de la Biblia y reemplazarla por otra más "moderna" parecía que

se abría una puerta para que cualquiera tradujera e interpretara el contenido de los libros sagrados. Ello convenía a las doctrinas de Lutero, Calvino y Zwinglio y a sus seguidores.

En el otro extremo, España se sentía la defensora de la fe. En ella no había prendido el fuego de las nuevas ideas, de la Reforma, al igual que lo hizo en Inglaterra, Alemania, Países Bajos o Francia, y la razón era que la Reina Isabel ya había llevado a cabo, antes de doblar el siglo anterior, una inteligente reforma en la Iglesia nacional, de modo que el perfeccionamiento de las costumbres del clero no fue el punto de partida como lo había sido en otros lugares. Las costumbres del clero y de los monjes eran por completo distintas de las de otros países.

España había terminado la Reconquista. Se sentía fuerte y triunfadora, después de setecientos años de ocupación por parte de pueblos "infieles" había recobrado su libertad y su unidad. Además creía que un Nuevo Mundo le había sido dado por Dios mismo, sin duda porque lo merecía, y para que ella, que era la única que podría hacerlo, llevara a los habitantes de esas tierras ignotas a la fe de Cristo. Sólo faltaba la victoria sobre los protestantes para que todo volviese a su cauce. Había que cerrar todos los resquicios por donde se pudieran filtrar las nuevas ideas contra la fe: en 1547 se publica también la primera lista de obras prohibidas, el primer *Índice* de libros considerados sediciosos. En abril de 1547 se obtiene la victoria sobre los "reformistas" en la batalla de Mühlberg; años después, en 1571, tiene lugar la batalla de Lepanto, entonces, en "la mayor ocasión que vieron los siglos," el poderío Turco es humillado. Hay grandes esperanzas de que los adversarios serán borrados de la faz de la tierra, con la ayuda de Dios. En esos días el Imperio español es aun mayor que el de Roma en sus momentos de mayor esplendor. La fe lo permea todo y cualquier esfuerzo parece poco para apoyar la doctrina ortodoxa de la iglesia de Roma.

¿Cómo eran los españoles de ese Siglo de Oro? ¿Que esperaban? ¿En qué creían? ¿Cuál era su confianza en sí mismos? ¿A quién ofrecían su fidelidad?

Ante todo los españoles eran católicos, apostólicos y romanos. Dios está en todo y su voluntad ha de ser cumplida, a su mayor gloria. Grandes y pequeños, reyes y mendigos, todos creen con igual fe en que Dios guía sus pasos y que el destino de su país estará determinado por Él. Si cumplen su voluntad será un destino glorioso y si por el contrario le disgustan, la desgracia puede cernirse sobre ellos y el país. No queremos decir que no hay heterodoxos, pero éstos son más bien, en términos generales, "iluminados" y místicos más que reformadores.

Trasmitido desde lo profundo de la de la Edad Media el sentido de lo religioso, que ha sustituido el sentido de lo sagrado, permea la vida y las actividades del español de los siglos XVI y XVII. Por otro lado, la idea de fidelidad no se ha quebrado en lo más mínimo. Herederos de los *gardin-gos* de los *fideles* y de los *hombres del rey*, los españoles del siglo XVI están dispuestos a seguir a su rey y sus órdenes, a servirlo lealmente y esta disposición se hace extensiva a los superiores: obispos, abades, capitanes o cualquier otra autoridad. Se supone que las órdenes, en último término, provienen del soberano o aun de Dios, pues se hace cada vez más aceptado aquello de que toda autoridad proviene de Dios. Al rey se le presupone investido de una autoridad que Dios mismo le ha otorgado, se acepta con fe ciega que él obra en bien del reino y de sus habitantes. De él depende la justicia en la tierra y el bienestar de la nación.

Habiendo superado las dificultades que supuso la Reconquista, el español se sentía capaz de las más inverosímiles hazañas, tras siete siglos de batallar contra un enemigo correo, había triunfado. Además, en cincuenta años, se había cubierto de innumerables ciudades y fundado universida-

des en aquellas tierras que estaban tras el océano. Los indios empezaban a destacar como renacentistas. Sabían no sólo rezar, sino también hacerlo en latín. Muchos empezaban a escribir, como lo hizo el Inca Garcilaso, haciendo la competencia a los regnícolas de aquende los mares. Pero el sentimiento de que aún había mucho por hacer, muchas tierras por civilizar y muchos habitantes por convertir, hacía que se respirase una especie de sentimiento heroico, pero no imposible.

Las armas eran un camino para los ambiciosos, un lugar para los desclados, una hermandad para los solitarios y un lugar, en fin, en donde podía aguardar la gloria, la fortuna, el honor y la fama. Con valor, fe y constancia se podía alcanzar el cielo... y la ansiada nobleza.

La unión de las tierras de ultramar en igualdad de condiciones que las de la Península Ibérica, fue un acierto. A pesar de lo que se dice y se repite una y mil veces, las tierras de ultramar no fueron una colonia, fueron parte de España misma. José Ortega y Gasset, en su *España invertebrada*, dice que "la historia de toda nación, y sobre todo de la nación latina,¹ es un vasto sistema de incorporación". Pero la incorporación no supone una mera yuxtaposición o suma de territorios, para que haya una verdadera historia es necesario que los habitantes sean efectivamente iguales al menos ante las leyes. El momento cumbre de la Historia de Roma como madre de pueblos llega el año 212 después de Cristo cuando con el Edicto de Caracalla concede a todos los habitantes del Imperio el derecho de ciudadanía, pero para ello Roma hubo de esperar desde el 21 de abril del año 753 a.C., hasta el 212 d.C. Casi mil años. Pero en España, nada más recibirse la noticia del descubrimiento de América, como Cristóbal Colón se

1 En ese párrafo Ortega está hablado de la Península Itálica, pero no dudamos en hacer una trasposición a nuestra Península Ibérica y a cualquier otra nación que asimile territorios en pie de igualdad a los suyos propios.

había traído algunos indios como esclavos, se medita enseguida en la situación de estos nuevos españoles. La reina Isabel, con fecha de 20 de junio de 1500, dictó una Real Cédula declarando libres a los habitantes de las Indias, y recomendando los matrimonios mixtos en busca de la fusión de razas.

Con estas leyes los habitantes de ultramar, que moraban en lo que hoy es Sudamérica y Centroamérica e inclusive los de las islas Filipinas (que dependían del Virreinato de Nueva España), eran súbditos libres de una unidad mayor: Castilla, y a través de ella, incardinados en España no como habitantes de una colonia, sino como moradores de provincias (virreinos), libres, parte de España, no *posesiones*. La Nueva España era el Virreinato que se extendía desde Arizona hasta California, Colorado, Nevada, Nuevo México, Utah, Costa Rica, siendo su capital Ciudad de México.

La Nueva España no sólo administraba las tierras comprendidas entre estos límites, sino también el archipiélago de las Filipinas, en Asia, y varias islas menores en Oceanía como la Isla de Guam. En el año 1542 se corrobora la libertad de estos indígenas con la promulgación de las Nuevas Leyes, por las que se consideraba a los indios como vasallos libres de la Corona Española, y por tanto se les concedían todos los derechos inherentes a este nuevo estado.

Los otros virreinos, el Nueva Granada, el del Perú, el del Río de la Plata, y la Capitanía General de Chile, acompañan una vasta España más allá de los mares, todos con los mismos derechos y amparados por las mismas leyes.

Este es el trasfondo histórico y geográfico en que florece el Siglo de Oro: una gran nación que se siente capaz de todo. Pero cuando hablamos del Siglo de Oro hablamos, más que de un momento histórico, de un momento de la cultura. Según Ortega, "la cultura, rigurosa-

mente hablando, es el sistema de convicciones últimas sobre la vida, es lo que se cree con postrera y radical fe sobre el mundo. Esta fe puede ser científica o no; religiosa, o sin Dios; la cuestión es que el hombre vea ante sí, con evidencia decisiva, la arquitectura de su mundo [...] si carece de puntos cardinales, en que orientarse, si llega el hombre en su última sinceridad a no saber lo que es posible y lo que imposible, no puede vivir auténticamente".

Parece esto escrito para los hombres y mujeres del Siglo de Oro. Ellos ven todo factible, posible, al alcance de la mano. Su mundo está bien delimitado, saben lo que se espera de ellos, tienen firmes convicciones. Saben que son parte de un Imperio que es el mayor jamás conocido, que las tierras de Ultramar los necesitan para extender el reino de Cristo y también para su propia gloria. La arquitectura del mundo se les aparece con meridiana claridad.

Hacen falta guerreros heroicos, como la Monja Alférez, Catalina Erauso; navegantes atrevidos, como Isabel Barreto de Mendaña; gobernantes que ayuden a la Corona a administrar sus extensos territorios, a pesar de las dificultades que puedan surgir, como Margarita de Parma e Isabel Clara Eugenia y, por último, en la otra cara de la moneda, están aquellos que se acercan al poder para medrar, a veces traicionando a su rey, y allí tenemos a las intrigantes Ana de Austria, sobrina de Felipe II, y a la Princesa de Éboli, esposa del mejor amigo del rey, que vendía sus secretos e intentó poner a uno de sus hijos en el trono de Portugal.

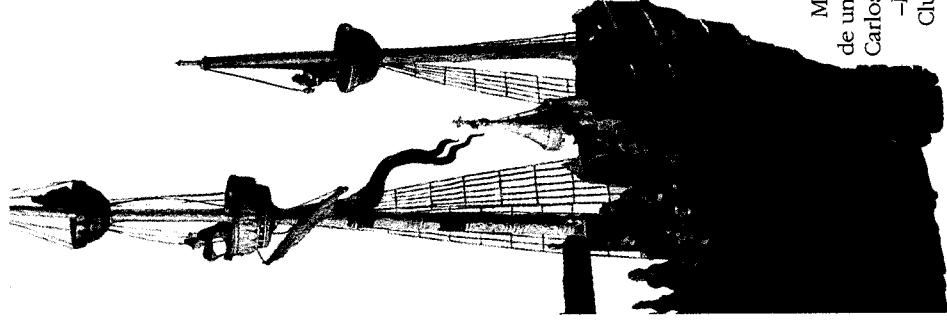
No eran sólo los hombres del imperio los que pensaban e interpretaban el mundo. El sentimiento de "poder hacer" había permeado a todas las capas sociales, a los hombres y a las mujeres. Todos confiaban en Dios, en sí mismos y en el rey. Durante el Renacimiento hubo un momento en que un grupo de mujeres, auspiadas por Isabel la Católica, surgieron incontenibles de tal modo que

parecía que aquello era un movimiento imparable. Pero aquel Renacimiento femenino murió con la reina.

Ahora se presenta una situación nueva. Ya no predominan los hombres pensadores, los cultivadores del griego y el latín, conocedores de la mitología y del saber antiguo, ahora el mundo es de los activos, predomina el pensamiento de la acción, guerrera, heroica, religiosa, o de cualquier otra inspiración, inclusive literaria, pero los seres humanos del Siglo de Oro son ante todo activos. El momento histórico no hace diferencias entre hombres y mujeres, todos viven el mismo momento, participan de sus glorias, sus heroicidades y sus miserias. Todos sienten que viven un instante excepcional, esos cien años que van desde 1547 hasta la Paz de Westfalia, pero ellos no sabían que con esa paz se había empezado una decadencia que durará hasta nuestros días.

Aquí hemos hilvanado las historias de seis mujeres que reflejan, igual que lo harían sus congéneres del sexo masculino, ese sentir heroico y algo desmesurado que inspiró a los hombres y mujeres que vivieron entre el nacimiento de Cervantes y la Paz de Westfalia, dentro de un Imperio en donde todos sabían que no se ponía el Sol.

MUJERES DE ARMAS *TOMAR:* MILITARES Y NAVEGANTES



Maqueta
de una nave de
Carlos V (s. XVI
—Museo de
Cluny, París.

CATALINA
ERAUSO
PÉREZ

[1592-1635]



MÁS CONOCIDA COMO
«LA MONJA ALFÉREZ»
AVENTURERA, MILITAR
Y COMERCIANTE



Falcón pedrero español
(s. XVI, hierro forjado) – Museo
Naval, Madrid. Esta es una pieza de
pequeño calibre, que disparaba
piedras de 2 libras de peso, y se
colocaba en la borda de cubierta.

Izquierda: Francisco Pacheco:
Alférez Doña Catalina de Erauso
(óleo, 1630) – Caja Guipúzcoa, San Sebastián. ♦





Escuela peruana (s. XVII).
Angel arcabraceiro
—Museo de América, Madrid

—La niña novicia

Hacia ya un siglo que Cristóbal Colón iniciara aquella navegación que nos desveló la otra mitad del mundo, fue entonces, en 1592,¹ cuando nació en San Sebastián Catalina Erauso, a quien la historia habría de conocer como "La Monja Alférez". Todavía era rey de las Españas Felipe II, pero éste falleció en 1598, cuando Catalina apenas tenía seis años, así que la parte más importante de su vida la pasó bajo el reinado de Felipe III (1598-1621) y una parte, siquiera reducida, bajo el reinado de Felipe IV.

Los padres de Catalina eran hidalgos y sus nombres fueron Miguel Erauso y María Pérez de Galárraga y Arce.

En la *Historia de la monja Alférez contada por ella misma*, escrito que pasa por ser de su mano, su filiación la fija así:

En la *Historia de la monja Alférez, contada por ella misma* se cita como año de su nacimiento el de 1585, pero ello, de ser verdicas esas memorias, es un error de parte de Catalina, pues su partida de bautismo cita, sin lugar a dudas, el año de 1592 como el de su nacimiento. ♦

Nací yo, doña Catalina de Erauso, en la villa de San Sebastián, de Guipúzcoa, en el año de 1585, hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Gallárraga y Arce, naturales y vecinos de aquella villa.

Tuvo el matrimonio muchos hijos, de modo que nuestra Catalina hacía el número diez entre los muchos hermanos y hermanas.

De su padre sabemos que por tradición familiar era hombre de mar, de modo que se hallaba entre los hombres que embarcaron en la Armada Invencible. Además de ser hombre de mar nos dicen las crónicas que fue hombre culto y formado en letras y que llegó a ser alcalde de su pueblo. De su madre, como sucede con las madres de hombres y mujeres notables en aquellos tiempos, apenas se sabe nada, aparte de su nombre. Una mujer honesta era la que no tenía historia, y todas aspiraban a serlo. Además, sus vidas transcurrían encerradas en sus hogares y exclusivamente en el ámbito doméstico y por ello eran vidas harto poco interesantes como para merecer reflejarlas por escrito para la posteridad.

Como era costumbre, sobre todo entre las familias hidalgas de pocos medios, cuando Catalina contaba con apenas cuatro años fue enviada al convento dominico de Santa María la Antigua, junto con sus hermanas Mari Johan, Isabel y Jacinta, para prepararse a la vida conventual en aquel monasterio donostiarra.

[...] Criaronme mis padres en su casa hasta tener cuatro años. En 1589 (debió ser en 1596) me entraron en el Convento... de dicha villa, que es de monjas dominicas, con mi tía doña Úrsula de Unzá y Sarasti, prima hermana de mi madre y priora de aquel convento...

No obraban en esto los padres de las niñas de un

modo diferente de cómo lo hacían muchos otros en la península. La razón de enviar a las jóvenes a un convento era, piedad aparte, que la dote para ingresar en la vida religiosa era mucho menos onerosa para la familia que la necesaria para casar bien a las jóvenes. Todo lo que se ahorrase pasaría a engrosar el caudal de los hijos varones, o la dote de una hermana a la que sí casarían, o al menos pasaría a engrosar la fortuna, poca o mucha, de la que podría disponer el hijo mayor.

—*Su vida en el convento*

El natural de Catalina poco tenía que ver con el recogimiento que reina e impera a todas horas en una casa de oración. Era soñadora, impetuosa, fogosa e impulsiva y sobre todo aventurera. No estaba hecha para la introspección ni para la meditación continuada y profunda.

Su estancia en el convento de las dominicas fue larga, pues cuando ingresó estaba lejos de tener la edad que el Concilio de Trento había promulgado como la mínima para emitir votos perpetuos con validez plena. Varios años permaneció en su monasterio mirando al mar en cuyas orillas lejanas se podía imaginar tantos países como aventuras. Durante su estancia en el noviciado donostiarra aprendió euskera, y lo que es más, latín; ello le abría infinitas posibilidades para el futuro, pues los libros de cosmografía, de geografía y de las demás ciencias estaban todos escritos en latín, que era el idioma de la ciencia y de la erudición, además de serlo de la Iglesia. El conocimiento del latín le serviría para mucho, como veremos más adelante.

Ya desde el principio del Renacimiento se había establecido que las novicias habían de aprender latín, al menos para poder seguir con comodidad los oficios divinos,

y ello algunos Padres Generales lo dejaron ordenado como una obligación ineludible, así, por ejemplo, fray Hernando de Talavera,² religioso jerónimo y confesor de la reina Isabel la Católica, dispuso que

A las religiosas clarisas se les ha de enseñar tanta gramática latina como hayan menester para seguir el Oficio Divino y mejor cumplir lo que manda San Agustín en su Regla "in psalmis et hymnis, cum oratis Deum, id versetur in corde quod profertur in voce."

y esto lo dejó establecido en su testamento. Y lo mismo regía para otros noviciados que deseaban que las monjas entendiesen bien las oraciones y meditaciones que venían en los breviarios en latín.

No ha sido bien estudiado el papel que la pertenencia a la orden dominica, aunque fuese como novicia, tuvo en la formación del carácter de Catalina. Los dominicos eran considerados, y se consideraban ellos mismos, como los Soldados de Cristo, y su acción era no menos "combativa" que la de un soldado real, pues estaban formados en la idea de la resistencia y el valor, naturalmente, a favor de Cristo y la difusión de su doctrina. Por otro lado, en el siglo que nos interesa, la Orden Dominica, junto con la Franciscana, llevaban el peso del adoctrinamiento de los indígenas en las tierras recién descubiertas. Eran los misioneros por excelencia y para ello se educaba a sus miembros en el conocimiento, hasta donde era posible, de esas tierras a donde habían de viajar, si esa era la voluntad de Dios, para cumplir su misión. Todo ello pudo dar

2 Fray Hernando de Talavera, prior de los Jerónimos de Monasterio de Nuestra Señora de Prado de Valladolid, antes catedrático de Filosofía Moral de la Universidad Salmantina, obispo primero de Ávila y después de Granada y promotor de la última Cruzada llevada a cabo en suelo hispánico, la de la conquista del reino moro de Granada.

alas a la ya de por sí soñadora Catalina Erauso, para que deseara ser soldado en esas tierras lejanas, bien que no soldado de Cristo, soñaría con ser soldado de otro Señor: Felipe III, rey de las Españas. Y no desearía ir a esas tierras como misionera, sino por otro motivo: la aventura en sí misma.

Cosas pequeñas a veces determinan el destino de las personas, o quizá ya estaba determinado y esas pequeñas cosas solamente lo precipitan. En 1607 Catalina tuvo una pelea con una de las monjas del convento, Catalina Aliri, que algunos dicen era pariente suya, la cual le reconvinó duramente llegando a golpearle:

[...] estando en el año e noviciado cerca del fin, se me ofreció una reyerta con una monja profesa, llamada doña Catalina de Aliri, que, siendo viuda entró y profesó, la cual era robusta, y yo muchacha; me maltrató de manos, y yo lo sentí...

—La huída

Ignoramos la razón de esta discordia, pero lo cierto es que ello le hizo tomar la decisión de abandonar el convento al que tan poco ligada se sentía. Al día siguiente, el 8 de mayo de 1607 saltó las tapias del convento para no volver ya nunca a él:

[...] levantóse el Convento a media noche a maitines y hallé allí arrodillada a mi tía, la cual me llamó y dándome la llave de su celda me mandó traerle el Breviario. Yo fui por él, abrí y tomélo, y vide allí en un clavo colgadas las llaves del convento: déjeme la celda abierta y volvíe a mi tía la llave y el Breviario. Estando ya las monjas en el coro [...] le pedí licencia porque estaba mala. Mi tía, tocándome con la mano en la cabeza, me dijo: "Anda, acuéstate". Salí del coro, tomé una luz, fuime a la celda de mi tía; tomé allí unas tijeras, hilo y una aguja; tomé unos reales de a ocho que allí estaban y tomé las llaves del

convento y salí, y fui abriendo puertas y emparejándolas (cerrándolas) y en la última dejé mi escapulario y me salí a la calle sin haberla visto...

En su autobiografía³ ella misma no dice:

salí a la calle, sin haberla visto (que nunca había visto), sin saber por dónde echar ni donde ir...

Sin embargo, no todo había sido producto de una súbita inspiración o de una rabieta. Antes de salir del monasterio había hecho algunos preparativos y providencias, siquiera mínimos, para no ser encontrada enseguida como una novicia prófuga. Detrás del convento existía un bosquecillo de castaños y allí se ocultó de momento la joven Catalina, pero no por mucho tiempo, el necesario para elaborarse ella misma un traje de hombre con hilo, aguja, tijeras y unos paños que había tomado del convento:

Córteme e hice una basquiña de paño azul con que me hallaba, unos calzones, de un faldellín verde de perpetuán que trata debajo, una ropilla y polainas: el hábito me lo dejé por allí, por no ver (saber) que hacer de él. Córteme el cabello y echelo por allí, y partí la tercera noche...

Como quiera que fuese, a los tres días de estar en el bosquecillo, la sagaz Catalina lo abandonó convertida en un muchacho, disfraz que adoptaría casi para siempre.

3 *La historia de la monja Alférez, contada por ella misma*, a la que venimos refiriéndonos, data de 1784 cuando don Juan Bautista Muñoz sacó de unos papeles que tenía guardados en Sevilla el poeta Cándido María Triguero, estos papeles eran la supuesta autobiografía de Catalina Erauso. Se las ha tomado por verdaderas memorias, aunque algunos dicen que son apócrifas. Si lo son, guardan detalles muy difíciles de conocer por quien no fuera pariente de Catalina, y más cuando había pasado ya más de un siglo desde que viviese la Monja Alférez.

Cándida Martínez, en su libro *Mujeres en la Historia de España*, nos dice refiriéndose a su huida del convento y efectos posteriores: "su huida es representativa de lo que sería su vida; una vida dura, turbulenta, guerrera, solitaria y desafiante, una vida enigmática y cargada de hechos belicosos [...] Catalina cambió el hábito de novicia por el uniforme de un hombre aguerrido, transformación que duraría el resto de su vida [...] con quince años se lanzó a la conquista de un mundo hostil, especialmente para las mujeres". No se puede decir más con menos palabras, y así la citamos por no poder mejorarla. De manera tan concisa y pulcra nos resume la vida de esta joven.

Nos es fácil imaginar el desconcierto de una adolescente sin ninguna experiencia sobre la vida en el exterior de los muros, que si la habían mantenido presa, también la habían cobijado durante toda su vida. Ahora tenía quince años y estaba abandonada a sus propios medios en medio de una ciudad en donde no conocía a nadie y en donde además temía a cada paso ser apresada por los alguaciles como una joven novicia (postulante, como se les llamaba) prófuga del convento en donde la habían depositado sus padres. Pero sin duda tenía ingenio y no estaba corta de recursos. De sus primeras horas o días en libertad ella misma nos dice:

—*La libertad. Sus primeros trabajos*

[...] fui calando caminos y vine a Vitoria, que dista de San Sebastián cerca de veinte leguas, a pie, cansada y sin haber comido más que yerbas que topaba por el camino.

Entré en Vitoria sin saber donde acogerme, a los pocos días me hallé allí al doctor Francisco de Cerralta, catedrático de allí, el cual me recibió fácilmente sin conocerme y me vistió...

Así que la hallamos en Vitoria trabajando para el catedrático Francisco Cerralta, quien tomándole por el muchacho que aparentaba ser, le dio un trabajo junto a sí, y al ver que tenía una educación superior a la normal lo tomó como su ayudante personal. El catedrático estaba casado con una prima hermana de su madre, pero a pesar de todo no la reconoció, y era natural, nadie en la familia la conocía personalmente, pues había entrado en el convento de muy niña y ya jamás había tenido contacto con el exterior.

Francisco Cerralta tenía en estima al "mozo" y lo apreciaba como un joven prometedor y así deseó que permitiese con él para procurarle una formación más esmerada:

estuve con él cosa de tres meses, en los cuales, viéndome leer bien el latín, se me inclinó más, y me quiso dar estudio; y viéndome rehusarlo, me porfió y me instaba hasta ponerme las manos...

Pero Catalina no se había escapado de un convento para encerrarse en un aula, así que tampoco allí duró mucho, y una vez más escapó de su trabajo y fue en busca de fortuna y de aventuras. A los tres meses de estar con el catedrático Cerralta lo abandonó para viajar a la capital del reino, que en esos días era Valladolid.

Después de que don Francisco le pegara ("hasta ponerme las manos..."), como había hecho la monja Catalina de Alirí, la joven decidió huir nuevamente, pero no se iba con las manos vacías:

determiné dejarlo, e hícelo así: cogile unos cuartos y concertáome en doce reales con un arriero que partía para Valladolid, que dista cuarenta y cinco leguas, partí con él...

Con el arriero llegó hasta Valladolid y allí empezó nuevamente a buscar acomodo. La buena educación recibida

en Santa María la Antigua le sirvió más de una vez como presentación ante algún personaje, aunque es lógico pensar que nunca confesó el origen de sus conocimientos. El siguiente lugar en que hallamos al "joven" es al lado de don Juan Idiáquez, trabajando para él. Y no era puesto menor, aunque su trabajo fuera menial, pues don Juan era nada menos que secretario del rey Felipe III, y cualquier trabajo junto a los poderosos era muy codiciado pues como hemos dicho más de una vez, la cercanía del poder engendra poder. Naturalmente, ella se hacía pasar por hombre, pues ya había decidido que era la única forma de moverse libremente por todas partes y ser dueña de sí misma sin cortapisas, así que además de los trajes de hombre adoptó, al menos por ahora, el nombre de Francisco Loyola. Muy atrevida era Catalina pues este don Juan Idiáquez era pariente lejano y siempre cabía que al fin reconociese en el esbelto muchacho a su desaparecida sobrina, aunque él no la había conocido personalmente cuando aún era novicia.

Mientras tanto, sus atribulados padres no habían cesado de buscarle. No se podían creer que una postulante de quince años pudiese desaparecer de la faz de a tierra. Su padre, Miguel Erauso, llegó en su peregrinar hasta Valladolid, por ver de interesar a su pariente y secretario del rey en su caso. Logró una entrevista con él y al penetrar en casa de don Juan Idiáquez se cruzó con Catalina, a quien no reconoció vestida de hombre.

Caviló Catalina que la casa del secretario real no era un buen escondite para ella, se arriesgaba a que un día sus padres volviesen por allí y entonces quizá no tendría tanta fortuna, así que decidió cambiar de lugar, y abandonado a Idiáquez y la ciudad de Valladolid, hizo camino hacia Bilbao.

Allí no tuvo mucha suerte y la ciudad no le agradó. Un día tuvo una pelea en plena calle con unos mozos porque, según explicó luego, se habían burlado de "él" y

como tenía el genio pronto y la respuesta violenta, y además por lo que sabemos, buena puntería con la honda, atizó a uno una pedrada dejándole malherido. Como resultado de esta escaramuza callejera dio con sus huesos en la cárcel donde hubo de permanecer durante un mes para saldar sus cuentas con la justicia. Esto, para sus desmedidas ansias de libertad, era algo inhumano. Por esa razón la ciudad de Bilbao se le hizo antipática y tan pronto como pudo la abandonó para tomar camino de Estella.

Presumimos que esta localidad navarra le fue más acogedora que Bilbao, pues a pesar de su natural inquieto y aventurero, allí permaneció durante unos dos años al servicio de un caballero llamado Carlos Arellano, en cuya casa entró como paje:

entré en Estella en donde me acomodé por paje de don Carlos Arellano, del hábito de Santiago, en cuya casa y servicio estuve dos años, bien tratado y bien vestido...

Pero Catalina era inquieta, dos años eran una eternidad. No sabía que hacer con su recién conquistada libertad. Vagaba de aquí para allá sin rumbo fijo, como un navegante que no sabe a que puerto llegará mañana. Sus ansias de libertad no estaban colmadas y tantos años de convento tenían que compensarse con otros tantos de viajes y aventuras.

Tenía un punto de desafiante y le gustaba el peligro. Había de probarse a sí misma, una y otra vez, que su disfraz era perfecto. Cuando por fin se cansó de Estella, decidió volver a su patria chica: San Sebastián, y allí no tuvo otra idea mejor que buscar trabajo en casa de una tía suya, doña Úrsula de Zarauz. Durante su estancia en San Sebastián deambulaba por callejuelas cercanas a su casa y miraba por si alcanzaba a ver a su madre o a sus hermanos. Si los divisaba los

miraba de lejos sin aproximarse ni decir nada. Es obvio que los echaba de menos, pero que el temor a que la enviasen de nuevo al convento, podía más que su ansia de familia y nunca se decidió a hablarles. Acudía a misa en la misma iglesia que lo hacía su madre e inclusive en el convento de las dominicas de donde se había fugado, y nunca nadie la reconoció:

y un día oí misa en mi convento, la cual oyó también mi madre, y vide que me miraba y no me conoció...

Todo esto sucedía el año de 1603. De San Sebastián pasó al puerto de Pasajes. Quizá allí al ver los navíos tuvo la idea de pasar al otro lado del mar. No se sabe el momento exacto en que surgió en ella la idea de hacer el camino de las Indias, el Nuevo Mundo descubierto por Colón era el lugar con el que soñaban en España todos los aventureros, conquistadores, colonizadores, fundadores de ciudades, viajeros y visionarios; hombres inquietos, curiosos o ambiciosos así como otros que viajaban allí por obligación: a desempeñar cargos en los virreinos o en las Reales Audiencias, o bien sacerdotes misioneros que sentían que la primera obligación de la conquista cristiana era la conversión de los indígenas a la fe de Cristo. Todo un microcosmos variopinto se sentía llamado a embarcarse hacia aquellas tierras que a cada uno parecía ofrecerle justo aquello que iba buscando. De los puertos zarpaban una y otra vez los bajeles y las naos que transportaban bienes que allí hacían falta y sobre todo personas que deseaban ver con sus propios ojos todo lo que se contaba de aquellas tierras. Hombres aventureros dispuestos a dejarse la piel para encontrar fama y fortuna. En los puertos se contaban historias innúmeras sobre riquezas incommensurables, tierras siempre verdes, ríos enormes, animales fabulosos, montañas que llegaban hasta el cielo coronadas por nieves perpetuas, pájaros multi-

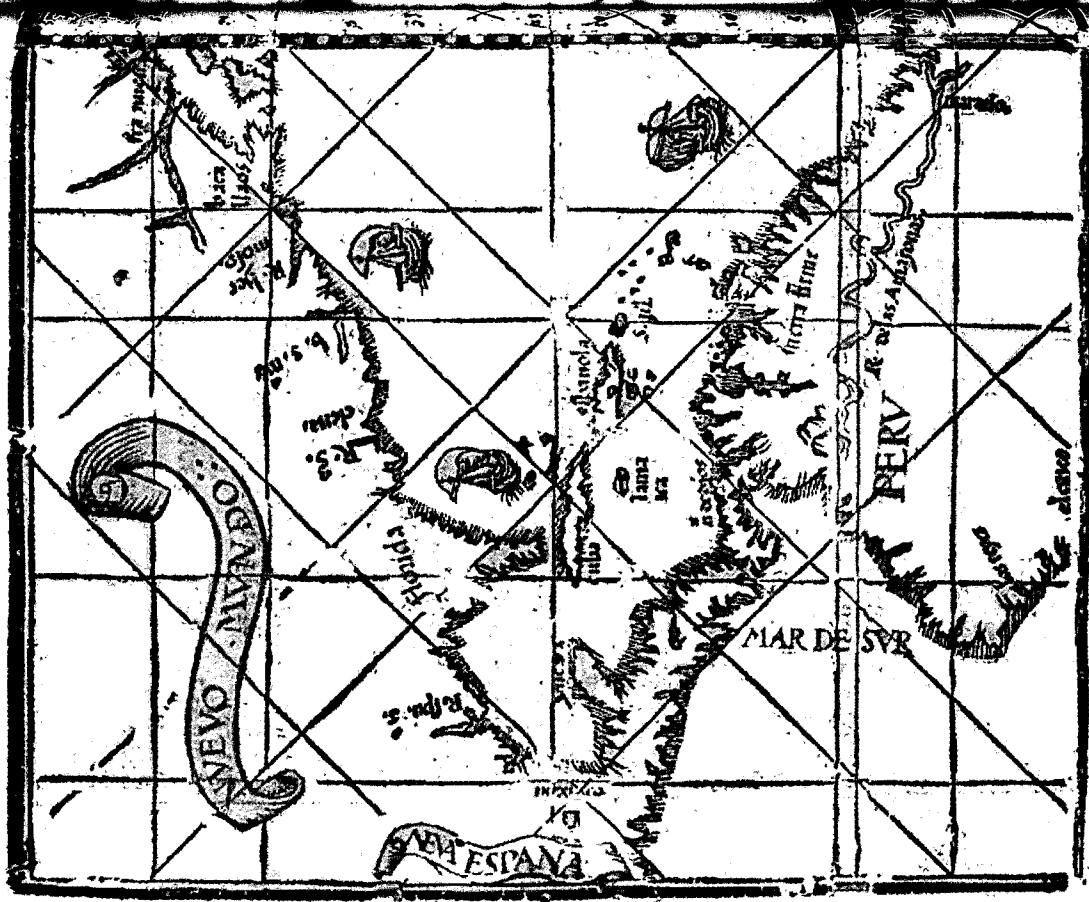
colores, serpientes gigantes, frutos que colgaban de los árboles sin que nadie los cultivase, historias, en fin, de maravillas sin cuento.

—*El viaje a Ultramar*

En Pasajes conoció a un capitán de barco llamado Miguel de Berróiz, el cual haría pronto camino hacia Sevilla. Le pagó cuarenta reales por su pasaje hasta Sanlúcar, y allí desembarcó la atrevida Catalina y como se le presentó la ocasión para, de paso, visitar la ciudad de Sevilla, centro de las relaciones con ultramar, no desaprovechó la circunstancia y fue a verla y según dicen le gustó por su bullicio y su aspecto de gran urbe. De vuelta en Sanlúcar, pensó pasar a ultramar, al fin parecía que todos los que se movían por ese puerto no tenían otra idea en mente, para ello se enroló como grumete en un barco capitaneado por don Esteban de Eguiño.

Seguramente cuando se enroló ya sabía la joven que el capitán era, como tantos otros personajes con los que trabajó, tío suyo. Era como si quisiese a cada momento probarse a ella y al mundo que podía encarnar a ese varón valeroso en cuyas ropas se había metido, como si desafiase al destino y a su familia, presentándose ante sus ojos con una personalidad nueva que era en todo su propia hechura. Zarparon el lunes Santo de 1603.

Algún encanto debe de haber tenido Catalina, al menos en su papel de varón, pues no tardó el capitán en reparar en el grumete nuevo que al parecer con tan buena voluntad acometía todos los trabajos por pesados que fuesen. A poco le tomó en estima y ello le libró quizá de tener que desempeñar las faenas más pesadas, y tanto apego le tomó que le propuso muy seriamente que se quedase en el barco y que él, con el tiempo, se ocuparía de convertirlo en



Fragmento de una *Carta de Marear* en Pedro de Medina: *Regimiento de navegación* (fol. VIIv) Simón Carpintero, Sevilla, 1563 -Biblioteca Nacional, Madrid.

un avezado marino. Pero el ámbito reducido de un barco no era el ancho mundo que Catalina había soñado. Ella amaba la aventura, los espacios abiertos, la libertad y hasta el peligro. Era ave viajera y había pagado un alto precio para saber la autonomía, la emancipación y la independencia. Mientras estuvo en el barco mantuvo a su tío en la creencia de que estaba sopesando seriamente su generosa oferta, pero su sueño era muy otro.

Después de varios meses de navegación, por fin llegó el barco a su destino, que no era otro que Punta de Araya, en donde se toparon con un grupo de indios enemigos que se habían hecho fuertes y después de derrotarlos y echarlos de allí pasaron a Cartagena de Indias.

En Cartagena se quitó a Catalina de la lista de grumetes y pasó a trabajar directamente para el capitán Eguiño. De Cartagena pasaron a Nombre de Dios, en donde debe de haber habido peste pues según relata la joven "estuvimos nueve días, muriéndonos en ellos mucha gente, lo cual hizo dar mucha prisa a salir" ...

El capitán Eguiño suponía que su joven ayudante haría con él el viaje de regreso a España, pero suponía mal; Eguiño ya había terminado su misión en el Nuevo Mundo y pensaba en regresar a España, pero volver a su tierra estaba lejos de las intenciones de Catalina, una vez más huyó de su empleador, esta vez con malas artes.

Estando ya embarcada la plata, y apostado todo para partir de vuelta a España, yo le hice un tiro cuantioso a mi tío, cogiéndole quinientos pesos. A las diez de la noche, cuando él estaba durmiendo, salí y dije a los guardas que me enviaba a tierra el capitán a un negocio. Como me conocían dejáronme llanamente pasar y salté a tierra pero nunca más me vieron...

Quinientos pesos era una cantidad apreciable, para hacernos una idea veremos cómo más tarde se contrató

con un mercader por seiscientos pesos al año. Pero volviendo a ese momento, ella nunca tuvo ni la más mínima intención de dar explicaciones, y acaso deseaba también borrar su rastro cambiando de nombre tan pronto como tuviese ocasión.

De sus primeros días en las tierras de ultramar no tenemos noticias, pero al ser un español en aquellas tierras no le faltaría algún compatriota que le ayudara en aquellos momentos iniciales, pues los españoles se sentían obligados para con sus paisanos ya que en verdad a los que llegaban les era todo desconocido. Por otro lado, hacían falta todos los hombres que se pudieran reclutar. Los indígenas, aparte de ser enemigos, eran apáticos para el trabajo porque nunca habían estado acostumbrados a semejante disciplina rutinaria y cualquier joven bien dispuesto era un hallazgo y un valor en potencia. Por lo que sabemos muy pronto encontró salida a su situación y halló un trabajo a las órdenes del capitán Juan Ibarra, factor de las cajas de Panamá, lugar hacia donde partió con su amo. Estuvo a las órdenes de Ibarra unos tres meses. El tal Ibarra le pagaba mal, de modo que cuando Catalina hubo gastado lo que había "requisado" a su tío, abandonó a su patrón en busca de mejorar su suerte.

—Catalina busca trabajo en las Indias. Primeros duelos

[...] haciendo mi diligencia descubrí a Juan de Urquiza, mercader de Trujillo, y acomódeme con él, y con él me fue muy bien y estuvimos allí en Panamá tres meses...

Si bien Catalina buscaba aventuras, también las aventuras parecían buscarle a ella. De Panamá partió con su amo en una fragata para el puerto de Paita, en donde Urquiza había de recoger una carga importante. A la altura

de Manta la fragata sufrió los embates de un gran temporal y después de capearlo un tiempo como pudo, finalmente sucumbió a él y se hundió en el Pacífico en medio de pavosas olas. Casi todos perecieron, sólo se salvaron unos pocos, entre ellos Catalina, su amo y unos marineros.

En el mismo puerto de Manta hubieron de tomar otro barco para ir a su destino, hallaron pasaje en un galeón del rey que iba en su dirección y habiendo pagado su pasaje llegaron a Paita, en donde el mercader halló, sana y salva, la mercancía que había ido a buscar desde Panamá, cargada en la nao del capitán Alonso Cerrato.

Después de la aventura del naufragio y salvamento que pasaron juntos, su amo le había tomado mucha confianza y así se fue a Saña, encargándole que le remitiese poco a poco la mercancía desde Paita hasta Saña, que distaba unos cien kilómetros, más o menos. Con la última remesa Catalina se fue también a Saña a reunirse con su patrón.

Seguramente el comerciante había quedado muy satisfecho de la actuación de su empleado, pues aparte de regalarle dos trajes abrió una tienda más y le puso a "él" al frente de su nuevo negocio. Catalina dice que en un libro le

puso por escrito los precios a como había e vender cada cosa...

y dejándole dos esclavos para que le sirviesen, y una cocinera negra, el dueño del negocio partió para Trujillo. En el tal libro había también un apartado en el que se decía a quienes se podía facilitar género sin que pagasen al contado, es decir, a quien se podía fiar. Una tal señora Beatriz de Cárdenas se señalaba muy especialmente como acreedora de este beneficio.

La tal doña Beatriz de Cárdenas empezó a hacer uso de su autorización y fue tal la cantidad de género "distraído" sin pagar nada, que Catalina temió por la continuidad de su tienda y así se lo izo saber al dueño, pero éste le contestó

que diese a esa señora todo lo que pidiese, sin preocuparse de nada. No quedó contento el "encargado", pero como la tienda no era suya, decidió acatar las órdenes recibidas pero en previsión de males mayores, guardó la carta.

Un problema impensado que influiría en el destino inmediato de Catalina estaba a punto de cruzarse en su camino. Una tarde acudió a un espectáculo; un hombre, que se sentó delante de ella, le impedía ver bien la función, le pidió ella que se apartase un poco, pero el sujeto:

respondió desabridamente, y yo a él, y díjome que me fuera de allí o me cortaría la cara...

La cosa bien hubiese podido quedar en un cruce de palabras ariscas y descortesas, pero Catalina sufrió una humillación, pues como dice:

yo me hallé sin armas, solo con una daga, y me salí de allí con sentimiento, atendido por unos amigos que me sosegaron...

y es que Catalina ya era en su interior todo un hombre y como uno más era susceptible al insulto o al desprecio. Otro joven le había obligado a agachar la cabeza y a abandonar el espectáculo siendo así humillado ante decenas de otras personas.

Ella era valiente, algo pendenciera, bravucona y orgullosa y no estaba dispuesta a tragar un insulto y una ofensa. Al día siguiente, el tal Reyes, que ese era el nombre del hombre del teatro, pasó varias veces, desafiante, por delante de la tienda donde Catalina estaba despachando sus géneros. Ella, cerró la tienda y fuese al despacho del barbero y le pidió que le afilase un cuchillo

tomé un cuchillo y fuíme a buscar a un barbero e hícele amolar y picar el filo como una sierra".

Así provista de su cuchillo afilado se ciñó la espada y salió a buscar al tal Reyes. A poco lo halló paseando con un amigo frente a la catedral, Catalina se acercó por detrás y llamó su atención:

—¡Eh, señor Reyes! —el así llamado se volvió con sorpresa y le interrogó:

—¿Qué quiere? —Catalina que ya estaba preparada le lanzó un tajo a la cara.

—¡Esta es la cara que se corta! —Y así le hizo una herida en el rostro que necesitó diez puntos de sutura. Pero las cosas no quedaron ahí, el amigo que le acompañaba al verlo sangrando, tiró de la espada y se encaró con el atacante. Catalina no se amilanó, había salido dispuesta a todo, también echó mano a la espada y allí empezaron ambos a batirse. Por suerte o por arrojó, Catalina mató al compañero de Reyes y enseguida intentó refugiarse en la iglesia, que era terreno sagrado en donde no podía penetrar la justicia ni sus agentes, pero no le sirvió de nada; el corregidor don Mendo de Quiñóñez, caballero de Alcántara, entró tras ella y se la llevó a la cárcel, allí le puso grilletes y le encerró en una mazmorra.

El patrón de Catalina, el mercader Juan de Urquiza, se enteró enseguida de lo sucedido a su encargo y apresuradamente hizo camino de Trujillo a Saña e intentó arreglar lo sucedido con el corregidor. Sólo consiguió que Catalina fuese devuelta al asilo sagrado de donde había sido sacada por la fuerza, siendo ello ilegal. Pero al menos no se quedó presa ni sujeta al cepo. Durante algunos meses hubo de vivir en la iglesia, pues el incansable corregidor, sin entrar en el recinto, apostó unos sayones a la puerta para que, en cuanto asomase las narices la tomasen presa otra vez y la condujesen a la cárcel, esta vez legalmente.

El mercader sugirió a Catalina un arreglo. El tal Reyes estaba de acuerdo en olvidar el incidente y retirar su

denuncia si Francisco de Loyola —Catalina— se comprometía a casarse con doña Beatriz de Cárdenas, recuerde el lector que Beatriz era la señora a quien Catalina debía de fiar en la tienda por orden expresa de su amo.

El mercader debió de haber llegado a un acuerdo con Reyes, pues éste estaba casado con una sobrina de Beatriz; el comerciante a su vez amaba a doña Beatriz, pero por alguna razón no deseaba casarse con ella, así que pensó matar varios pájaros de un tiro. Con la boda liberaba al encargado, que tan buen servicio le hacía, volvía a abrir su tienda en Saña, tenía al encargado a quien él creía atrevido varón —pero que nosotros sabemos que era Catalina— agradecido y deudor, y por último tendría a su amada a su disposición sin ningún problema ni responsabilidad. Sólo había un inconveniente, que Catalina, aunque hubiese querido, no podía casarse.

Por fin, viendo el amo que no lograba convencer a su empleado para que matrimonias a Beatriz, se lo llevó a Trujillo a escondidas y allí le encargó de otra tienda. Dos meses habían pasado, cuando Reyes y algunos amigos se trasladaron a Trujillo en busca de venganza. Se enteró el encargado de que merodeaban la tienda unos sujetos y vio quienes eran, entonces avisó a un amigo para reforzar su acción y les hizo frente:

[...] salimos a la calle encargando al negro cerrar la puerta, y luego al punto se nos arrojaron. Recibimoslos, y fuimos bregando, y a poco rato quiso mi mala suerte que al amigo de Reyes le entrara yo una punta no se por dónde, y cayó. Con sangre de ambas partes seguimos batallando dos a dos.

Otra vez es tomada presa por el corregidor, ahora el de Trujillo, don Ordoño de Aguirre, pero resultó ser vizcaíno, como ella y le facilitó que entrase una vez más en la iglesia para librarse de la justicia, al menos de momento.

Esta vez, aun con la ayuda de su amo, fue más difícil sacarla de apuros, así que el mercader le dio dos mil pesos, dos vestidos y una carta de recomendación y con todo ello, la aventurera y pendenciera Catalina, fuese a Lima.

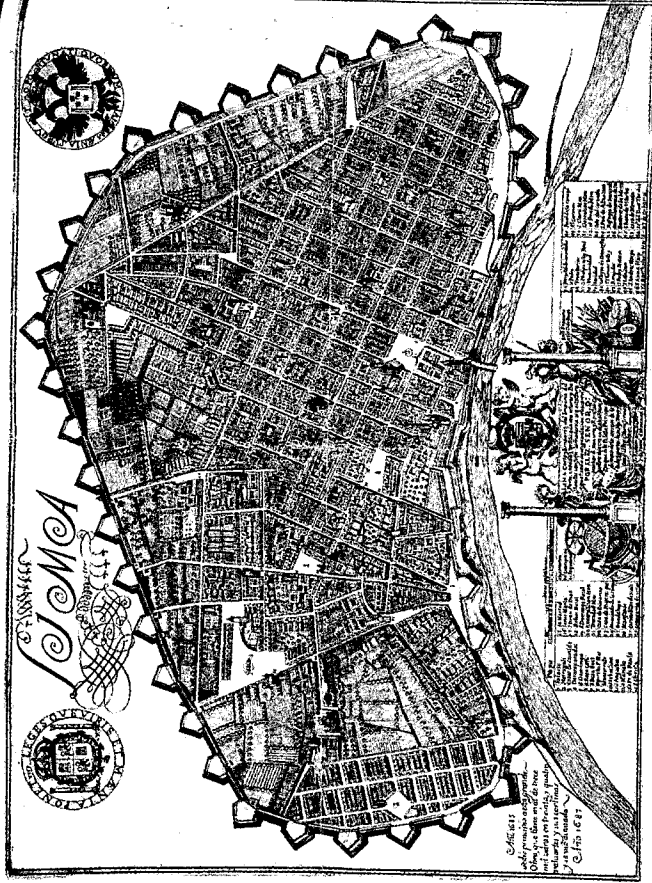
Como iba bien recomendada por su amo, presentó la carta a otro negociante

[...] di mi carta a Diego de Lasarte, mercader muy rico [...] el cual me recibió luego en su casa con mucho agrado y afabilidad y a pocos días me entregó su tienda, señalándome seiscientos pesos al año, y allí lo fui haciendo muy de su agrado y contento.

Pero tan pacífica vida llegó a su fin a los nueve meses, pues el mercader la vio jugando con unas doncellas que tenía en su casa y temiendo lo peor, le despidió.

Quizá ya Catalina se había cansado de ser ayudante de tendero, al transformarse el trabajo en rutina vio que ello no era aventurero ni interesante en demasía, ni le abría, al fin, anchos horizontes. Tenía ya otra idea en mente.

Como quiera que fuese, Catalina ya sabía usar las armas, el puñal, la daga o la espada, sin despreciar la honda y los puños. El tiempo pasado en alta mar como grumete le había fortalecido y los duelos en los que había triunfado le hacían sentirse invencible. Su autoestima era alta. Además, como ya dijimos era esforzada y briosa y deseosa de conocer toda aquella inmensidad que se le ofrecía como una fruta al alcance de su mano. Lo mejor que se le ocurrió fue alistarse como hombre de armas y engancharse en los ejércitos de Su Majestad, don Felipe III. En el ejército se hizo conocer como Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán. Había nacido un soldado dispuesto a todo, atrás quedaba el Francisco de Loyola que había trabajado para Juan Idiáquez y otros muchos.



Arriba: Fr. P. Nolasco: *Plano de Lima* (grabado en cobre, 1687) en *Lima. Corte y emporio del Imperio del Perú, ceñida y fortificada con muros y baluartes conforme a la moderna arquitectura*.

Debajo: Anónimo: *Plaza Mayor de Lima* (1680, fragmento) - Colección particular.



—*El soldado Catalina o, mejor dicho, Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán*

En aquellos momentos se estaban haciendo levadas en Lima para formar seis compañías que debían partir para Chile, Catalina se acercó a una y se ofreció para ir como soldado. Fue aceptada al momento y se le adelantó doscientos ochenta pesos en calidad de parte de su salario. Pronto se enteró su antiguo amo, Diego de Lasarte, de que su ayudante se había alistado para ir a la guerra de Chile, el buen hombre lo lamentó mucho e inclusive se ofreció para intermediar a fin de que el enganche se diera por no hecho y él mismo se ofreció a devolver el dinero que su ayudante había recibido. Pero Catalina no lo había hecho por necesidad si no por devoción.

Mi amo Diego de Lasarte, que lo supo, lo sintió mucho, que parece que no lo decía, por tanto ofrecíome hacer diligencias con los oficiales para que me borrasen de la plaza y volver el dinero que recibí; pero no vine en ello, diciendo que era mi inclinación andar y ver mundo...

Entró pues decididamente en el ejército con el nombre de Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán, y asentó plaza en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez. El maestre de campo era Diego Bravo de Sarabia. A poco mil seiscientos hombres marcharon desde Lima hacia Concepción en Perú, que distaba quinientas cuarenta leguas.

Tardaron veinte días y llegaron finalmente al puerto de Concepción en donde fueron muy bien recibidos ya que en el peligro que corrían lo que más falta les hacía era una compañía de soldados dispuestos a defenderles, tanto es así que vino la orden de desembarco del mismo gobernador y la trajo en mano su secretario, cuyo nombre era Miguel de Erauso. Este Miguel era hermano de Catalina y aunque sor-

prendida por la casualidad, ella se alegró de tener allí a un hermano, bien que no lo conocía por haber éste partido de San Sebastián cuando ella tenía sólo dos años. Catalina no se dio a conocer como hermana de Miguel, porque si lo hubiese hecho se le habría terminado allí mismo la aventura, pero sí dijo ser de San Sebastián y conocer gente allí. Miguel de Erauso se alegró de encontrar un compatriota que le traía noticias más o menos recientes de su patria y de su familia. Tanto se alegró el buen hombre que invitó al recién llegado

[...] fue prosiguiendo la lista, y en acabado me llevó a comer a su casa y me senté a comer. Díjome que en aquel presidio que yo llevaba de Paicabí era de mala pasadía de soldados; que él hablaría al gobernador para que me mudase de plaza en comiando subió a ver al gobernador llevándome consigo...

El gobernador se negó en un principio a la petición de su secretario, pero habiéndolo pensado mejor accedió al cambio solicitado y la nueva plaza fue nada menos que quedarse en Concepción, junto a su nuevo amigo, que era su hermano.

Durante tres años estuvo en aquel sitio

[...] quedé yo con mi hermano por su soldado, casi tres años...

Pero el hermano frecuentaba la casa de cierta dama y Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán solía acompañarle. Sin embargo, fue otras veces sin Miguel y éste, enterado, se lo prohibió. Pero Catalina era porfiada y bastaba que algo se opusiese a sus deseos para que en ello insistiese, así que volvió varias veces, hasta que una vez se encontró con Miguel a la entrada o la salida, y éste le atacó a cintarazos y le hirió en una mano, enojado el joven Alonso, se defendió espada en mano y a la bulla que siguió acudió el capitán Francisco de Aillón que los separó. Al fin todo terminó con el destierro de Catalina que fue enviada finalmente a Paicabí.

—El alférez Díaz y Ramírez de Guzmán

En Paicabí no era raro entrar en batalla. Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán hubo de acostumbrarse a estar siempre con las armas a mano pues los indios atacaban con cierta regularidad. Por fin, deseando terminar con la situación de una vez por todas vino el gobernador Alonso de Sarabia con todas las compañías de Chile y se fueron todos juntos hacia los llanos de Valdivia,⁴ en campaña rasa, allí se juntaron

cinco mil hombres con harta incomodidad. Tomaron y asaltaron los indios la dicha Valdivia. Salimos a ellos y batallamos tres o cuatro veces, maltratándolos siempre y destrozándolos; pero llegádoles la última vez socorros nos fue mal y nos mataron a mucha gente y capitanes y a mi alférez y se llevaron la bandera.

La toma de la bandera por parte de los indígenas fue una suerte para Catalina. Ella y otros tres hombres persiguieron al que se la llevaba

arrollando y matando y recibiendo daño.

De los que iniciaron la persecución sólo quedaron Catalina y otro soldado que de un lanzazo murió y el soldado Alonso

⁴ Valparaiso está al sur de Santiago de Chile y al norte de lo que hoy se llama Décima Región de los Lagos. Es una zona que disfruta de toda clase de paisajes, la costa con sus playas, las estribaciones de la cordillera profusamente arbolada, gran cantidad de ríos y lagos y la vista de los grandes volcanes. Entre éstos se destacan los de Villarrica y el de Choshuenco. Entre éstos hay una depresión de origen glaciar en donde se hallan los lagos de Villarrica, Calafquen, Panguipulli y Ranco. Los andes descienden hacia la costa y va cambiando la vegetación según la altura. El clima es marítimo, templado, frío y lluvioso, de modo que se puede esperar unos 3.000 mm de lluvia al año.



Teodoro de Bry: Estrategias de ataque empleadas por los indios americanos (detalle, 1562) -Servicio histórico de la marina, París.

Díaz y Ramírez de Guzmán siguió solo en su empeño y aun que herida malamente en una pierna,

maté al cacique que la llevaba (la bandera) se la quité y apreté con mi caballo, atropellando, matando e hiriendo a infinidad..."

Volvió a sus filas con tres heridas de sendas flechas, una lanzada en el hombro y la lesión que ya llevaba en la pierna, pero acarreaba triunfantemente su bandera. Llegó justo a tiempo de caer desvanecida por la pérdida de sangre. Sus compañeros la vitorearon y todos se acercaron por ver quién era el que había salvado el honor del cuerpo al traer la bandera sana y salva. Inclusive su hermano, que había acudido con el gobernador, le felicitó por su proeza. Por esta acción heroica fue ascendido el soldado Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán al rango de Alférez en la compañía de Alonso Moreno, la cual se dio poco después al capitán Gonzalo Rodríguez, a quien el Alférez apreciaba mucho.

Cinco años sirvió en esos territorios peligrosos nuestro Alférez. Estuvo en la batalla de Purón, en donde murió el capitán Gonzalo Rodríguez. En ese lugar hizo colgar a un cacique, Francisco Quispiguaucha que si bien se había convertido al cristianismo, pero que no obstante, inquietaba a la compañía de nuestro Alférez. Éste le hizo preso y sin consultar a nadie lo hizo colgar, cosa que le costó el ascenso, pues el gobernador deseaba tenerlo vivo.

—Otros desafíos y otros muertos

De Valdivia pasaron a Nacimiento y de allí al valle de Purén, siempre en pie de guerra. De Nacimiento dice el Alférez que era:

bueno sólo en el nombre, en lo demás una muerte, con las armas en las manos a todas horas.

En Purén estuvieron seis meses y después recibió licencia para regresar a Concepción a donde volvió como Alférez a la compañía de Francisco Navarrete.

Catalina de Erauso había cogido todas las costumbres y mañas de un verdadero militar. Le agradaba la aventura, la lucha, las peleas, los duelos y el juego. Un día en Concepción entró con un amigo Alférez como ella, en un garito y hallándose en él parece que el amigo iba perdiendo y se le ocurrió dirigirle unas palabras que ella juzgó insultantes:

presentes muchos alrededor, que mentía como un cornudo.

Yo saqué la espada y entrécela por el pecho.

Se organizó un tumulto. Unos se echaron encima del alférez, otros intentaban defenderlo y otros, por fin, matarlo. Todos gritaban e intentaban explicar lo que había sucedido a los que no lo sabían. Al oír el ruido entró el auditor general Francisco de Párraga, y a empujones y tirones se llevó al alférez Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán mientras le gritaba preguntas por el camino; sin saber qué hacer, Alonso le contestaba que a todo respondería delante del gobernador. En esto apareció don Miguel de Erauso y viendo el tumulto temió por el Alférez y le dijo en vascuence que tratara de salvar su vida.

Catalina aún tenía en la mano el arma con la que había matado al atrevido que le llamó mentiroso. El auditor general, por su parte, se llevaba al Alférez cogiéndole del cuello de la chaquetilla, no le pareció al detenido que era modo digno de apresarse a nadie y le pidió que se soltase, pero el auditor hizo oídos sordos, por lo que, sin pararse a meditarlo, el Alférez le atravesó la cara dos veces. Luego supo que le había matado. Una vez más se refugió dentro de

una iglesia, la de San Francisco, que andaba cerca. Sabiendo lo que ocurría, acudió el gobernador, Alonso García Remón, el cual cercó la iglesia con fuerzas militares y así las mantuvo seis meses con la esperanza de que al fin el cercado Alférez habría de salir.

Como sabía del historial del Alférez y de las veces que ya había escapado de la justicia, publicó un bando ofreciendo recompensa a cualesquier persona que le diese preso y al tiempo mandó que no se le diese cobijo en ningún sitio fuera de la iglesia, si no más bien mandó que no pudiese embarcar en ningún puerto y avisó en los presidios y plazas para que no pudiera alistarse en ningún otro lugar.

Pero transcurrido el tiempo se fue aflojando la guardia, olvidando lo ocurrido y aquietándose el alboroto. Inclusive los amigos se atrevían a visitarlo en su iglesia. Así las cosas, un día vino un amigo Alférez, de nombre don Juan de Silva, y le dijo que esa noche tenía un duelo con don Francisco de Rojas, del hábito de Santiago, y le rogó que le acompañase, pues no se fiaba de ir solo. Además era costumbre que los contendientes llevaran por lo menos cada uno un amigo, por si se daba el caso de que muriesen para que los recogiesen para su familia. Viendo que la guardia faltaba esa noche así lo prometió el encerrado y llegada la hora se escabulló fuera y fuese a casa de su amigo. Cenaron juntos, brindaron por su feliz salida de la situación y a las once se dirigieron al lugar acordado. La noche era oscura y casi no se veían los bultos. Se acercaron al lugar convenido para la pelea; como esperaban, el contrincante se presentó también con un amigo.

El de Rojas llegó y saludó.

—Hola, don Juan de Silva. ¿Estáis ahí?

—Estoy —respondió el de Silva.

—¿Vamos a ello?

—¡Vamos! —Y sin más empezaron a batirse.

Le pareció a Catalina que su amigo había sido tocado por el acero del de Rojas y acudió en su ayuda, lo mismo hizo el amigo de Rojas y se batieron dos a dos. Los primeros que cayeron fueron don Juan y don Francisco, quedando frente a frente los amigos de ambos contendientes, que siguieron la lucha en la oscuridad sin decir palabra, sólo atentos al ruido de sus aceros.

Por fin el Alférez Alonso Díaz sintió que había ensartado al adversario, éste se quejó y cayó, diciendo:

—¡Ay, traidor, que me has muerto!

Le pareció al alférez reconocer la voz del que así había hablado y le preguntó quién era.

—Soy el capitán Miguel de Erauso —dijo el moribundo.

¡El capitán Miguel de Erauso! Yo quedé atónito, (él pedía a voces confesión [...] Fui corriendo a San Francisco, y le envié dos religiosos para que confesaran a todos...

A resultas de esta pelea murieron tres hombres, inclusive el hermano de Catalina. Ella lo sintió mucho, y más cuando vio cómo enterraban en la iglesia en donde ella se refugiaba a su hermano Miguel. Otros ocho meses permaneció acogida en la iglesia siendo juzgada en rebeldía y Dios sabe en que habría terminado el asunto si no le hubiese ayudado don Juan Ponce de León, que le dio dinero y caballo para huir y de allí fuese a Tucumán.

En realidad, como afirman algunos de sus biógrafos, toda su vida fue una huida hacia delante. Abandonar cualquier lugar, trabajo y situación para buscar otro, sin saber si ese otro sería mejor o peor. ¿Iba en busca de aventura? ¿Era simplemente un espíritu inquieto? ¿O acaso, inconscientemente, buscaba una familia que nunca tuvo? En un cierto sentido, el ejército y su ruda camaradería fue su familia, como ha sucedido a lo largo de los siglos con muchos varones. Lo cierto es que toda su vida pareció perseguir algo afín a ella, primero

buscando trabajo junto a familiares, aunque éstos no supiesen del parentesco y luego en ultramar buscando siempre que era posible la compañía o complicidad de vascos, coterráneos, paisanos y compatriotas, que eran un sucedáneo de una familia con un sentimiento de pertenencia, de clan.

Como quiera que fuese, huyendo de la justicia a una de caballo se torna en una figura titánica. Una mujer, cualquier ser humano, hombre o mujer, abandonado a sus fuerzas atravesando los Andes con sólo un caballo y su ingenio parece una epopeya difícilmente igualable, aun hoy en día. Quien no haya estado allí no sabe de la soledad de sus inmensos ventisqueros, de los páramos infinitos en donde ulula el viento día y noche. La terrible enfermedad de a altura, el *soroche* que ataca a todos los que no están acostumbrados a su aire fino y helado. Las *quebradas* o abismos enormes, cuyas paredes verticales pueden ser de cientos de metros; los ríos, a veces veloces y llenos de piedras, que provocan hondos remolinos como corresponde a lo fractuoso del terreno, a veces profundos pero con una superficie enganosamente tersa que esconden peligros aun mayores, los peces carnívoros, el yacaré, las serpientes de agua.

La belleza del paisaje nos puede hacer olvidar que entre todo ese verdor, donde lo haya, se esconde el escorpión, la víbora, el anofeles, la tarántula, y mil otros bichos reptantes, voladores o saltarines. Por el día los rapaces y cazadores diurnos y por la noche acechan el puma, el tigrillo, la pantera. Y a todas horas nubes de millones de mosquitos atormentando al infeliz que se atreva a cruzar por sus dominios.

Sin duda el alférez Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán era un hombre valiente y osado como el que más, y también había nacido con estrella. Llegó vivo al fin de su viaje, un viaje que nadie había intentado en solitario, añadiendo a todos los peligros naturales el de los indios que estaban en pie de guerra, como el Alférez bien sabía.



Selva tropical.

Llegando a la Argentina se unió a una pequeña comunidad indígena que la aceptó como a una persona des- conocida pero que le permitieron quedarse con ellos y para los cuales hizo pequeños servicios. Allí descansaría de su increíble viaje y cuando se hubo repuesto decidió viajar has- ta Bolivia atravesando el terrible altiplano en donde las altu- ras superan los cinco mil metros y los volcanes eternamente nevados enseñorean el paisaje.

A partir de entonces Catalina se unió al ejército en varias ocasiones, era ya su modo de vida, ella era un sol- dado de fortuna, como tantos ha habido en la historia y nun- ca nadie sospechó que detrás de aquellas ropas varoniles se hallaba una novicia (que no una monja, como mal se dice). Su valentía y arrojo, nunca desmentidos, le hicieron acree- dora de una leyenda negra de buscapleitos y brabuconería... y de otros galones. Después de una batalla particularmente sangrienta en el Potosí fue nombrada ayudante del Sargento Mayor durante dos años.

Otra vez en La Plata estuvo a punto de perder la vida por un delito que, esta vez, no había cometido. Fue sometida a tortura para que confesara, pero ella resistió y al fin, por falta de pruebas y de confesión de parte, fue dejada en libertad. De La Plata, después de su desagradable experiencia, se marchó de nuevo al Potosí, en donde, abandonando de momento la vida militar, buscó trabajo junto a otro vasco, Juan López de Urquijo, tratante de ganado y transportista de trigo. Pero la vida tranquila de un comerciante no era para ella nada más que circunstancialmente, así que al fin abandonó a su nuevo patrón y fue de nuevo en busca de su libertad.

—El sacrilegio

No es este el lugar de contar todos los detalles de tan azarosa vida, pues no habría lugar para tan extensa y abi-

garrada biografía, sí que relataremos los hechos más impor- tantes para hacernos una idea de cómo era nuestra heroína, o sería mejor decir nuestro héroe, pues todos sus hechos los realizó como hombre, que no como mujer.

Después de innumerables aventuras y peleas la hallamos de nuevo en La Paz, lugar que conocía bien por ante- riores estancias. Su maldito genio le vino a jugar otra mala pasa- da. Estaba un día hablando con un sujeto a la puerta del corre- gidor, don Antonio Barraza, no sabemos de qué hablaban pues Catalina en sus memorias no lo dice, pero lo cierto es que fue- se lo que fuese, el sujeto, que era criado del corregidor, mani- festó su incredulidad ante el relato del alférez, y no sólo lo negó sino que en señal de desprecio de dio con su sombrero en la cara. Nunca lo hiciera, pues el alférez, ofendido, sacó la daga “...y allí cayó muerto”. Como el suceso había tenido lugar a la puerta del corregidor, no faltaban a la vista sayones y aguaciles que cayeron sobre él, lo hirieron y se lo llevaron preso.

Esta vez parecía que no tendría remedio y que la vida aventurera y díscola de Catalina Erauso había tocado a su fin. Primero la curaron de sus heridas y luego la juzgaron por esta y por otras causas que tenía pendientes. El corri- dor estaba dispuesto a hacer un escarmiento en cabeza del Alférez, que era, como otros tantos por allí, un matón, un majo y un fanfarrón. Fue condenada a muerte y aunque ape- ló la sentencia, el corregidor se reafirmó en ella así que sólo le quedaba prepararse para morir. Durante dos días, según ella misma relata, estuvo confesando sus faltas a un clérigo, que quedó anonadado ante lo que oía y no se lo podía cre- er. La ejecución se fijó para el día siguiente.

Pero Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán era “hom- bre” de muchos recursos y así relata lo que luego sucedió:

[...] el siguiente día se dijo la misa en la cárcel, y el santo clé- rigo, habiendo consumido, me comulgó y volvióse al altar. Yo

al punto volví la forma que tenía en la boca y recibí en la palma de la mano derecha, dando voces: "¡Iglesia me llamo, Iglesia me llamo!". Alborotóse todo y escandalizóse, diciéndome todos hereje. Volvió el sacerdote al ruido y mandó que nadie llegase a mí.

Seguramente el suceso corrió como la pólvora por toda la ciudad, alguien había osado cometer sacrilegio en la misma iglesia y momentos antes de ser ajusticiado. El Alférez fue retenido allí, más tarde vino el obispo don Domingo, de la orden de los dominicos, revestido de gran ceremonial, con él llegó el gobernador. Juntáronse clérigos y muchas personas por ver en que paraba aquel escándalo. Había que proceder a los ritos de desagravio después de un sacrilegio. Ella lo relata con gran detalle:

[...] encendiéronse luces, trajeron palio, y lleváronme en procesión, y llegados al sagrario todos se arrodillaron, me cogió un clérigo de la mano y la entró en el sagrario. No reparé en qué la puso. Después me rayeron la mano y me la lavaron diferentes veces y me la enjugaron...

Después de ello, todos abandonaron la iglesia; todos, menos el Alférez. Nos preguntamos si todo ello no fue una sugerencia del sacerdote que le había confesado para librarle de la horca pues ella quedó en sagrado, sin que las fuerzas del corregido pudiesen sacarle de allí para ajusticiarle. Catalina lo da a entender así con las siguientes palabras:

[...] esta advertencia me la dio un santo religioso franciscano, que en la cárcel habíame dado consejos, y que últimamente me confesó...

En todo caso, una vez más el corregidor cercó la iglesia esperando la salida del condenado, hasta que se cansó y entonces, aburrido de la espera, quitó la guardia.

Y un santo clérigo de allí, según yo presumí, por orden del señor obispo, reconocido el alrededor y el camino, me dio una mula y dinero y partí al Cuzco.

No tuvo mucha suerte en esa ciudad, su fama de matón le precedía y estando allí apareció muerto don Luis de Godoy, corregidor del Cuzco, hombre, al decir de los vecinos, de grandes prendas y de buen nombre. Al no saberse al momento quién había matado al corregidor, todos los dedos le acusaron al alférez Alonso Díaz; así que de inmediato el corregidor don Fernando de Guzmán le hizo prender y lo tuvo cinco meses en la cárcel, hasta que finalmente se vino a saber que el verdadero asesino había sido otro, un tal Carranza. Sin ninguna disculpa ni explicación se le puso en libertad y el Alférez partió de allí.

—El naufragio

Cuando llegó a Lima era virrey don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros. Estaban a la sazón los holandeses amenazando la ciudad con ocho bajeles de guerra. El Alférez se enroló una vez más y salió del puerto del Callao en cinco bajeles del virrey embarcado con otros soldados, por ver de romper el cerco y liberar a la asediada ciudad.

El barco en que estaba nuestro Alférez, que era la nave almiranta, fue embestido por otro barco enemigo y partido en dos, por lo que se vino a pique hundiéndose con rapidez. Toda la tripulación se ahogó y sólo se salvaron tres personas de las que estaban embarcadas, que fueron un sacerdote franciscano, un soldado y el Alférez, nuestra Catalina. Estos naufragos fueron recogidos del agua por un buque enemigo.

Cuando los bajeles del virrey volvieron al Callao dieron por perdidos a novecientos tripulantes y soldados, entre los que se contaban los tres supervivientes que sabemos: el Alférez, un sacerdote y un soldado, aquellos habían sido recogidos por un barco holandés, cosa que los españoles aun ignoraban. Los supervivientes fueron liberados veintiséis días mas tarde en Paíta a cien leguas de Lima, desnudos y sin dinero ni provisiones. Tuvieron la suerte de que un compasivo samaritano al verles en este estado les vistiese y les encaminase de nuevo hacia Lima.

—*Muerte del nuevo Cid*

Después de llegar a Lima sin sucesos dignos de mención, una vez más se cansó de su estancia en esa ciudad y fuese de nuevo al Cuzco, allí, llevada de su pasión por el juego, se hallaba un día en el tapete cuando se les unió un individuo de maligna catadura, grande y mal encarado. Sin embargo las reglas del juego prohíben negar la entrada cuando hay puesto y el recién llegado trae dinero, así que hubieron de aceptar, con cierta prevención que el sujeto entrase a jugar con los que ya estaban en el grupo.

Los altibajos del juego se sucedieron como era de esperarse, unas veces favoreció a unos la fortuna y otras veces a otros. Parece que el nuevo jugador no estaba conforme con el dictamen de la suerte, así que de vez en cuando levantaba las ganancias de otro, aprovechándose de su corpulencia y de su aspecto de matón:

arrimóse a mí el nuevo Cid, que era un hombre moreno, velloso, muy alto que con la presencia espantaba, y llamábante el Cid. Proseguí mi juego, gané una mano, y el Cid entró la suya en mi dinero, sacóme unos reales de a ocho y fuese. De allí a



Dos alabarderos del ejército español.

Detalle de

Antonio de Pereda: *El socorro de Génova por el segundo marqués de Santa Cruz* (1634)

—Museo Nacional del Prado, Madrid.

poco volvió a entrar y volvió a entrar la mano; sacó otro puñalado y púsoseme detrás. Previne la daga, proseguí el juego, volvíome a entrar la mano, sentílo venir, y con la daga clávele la mano contra la mesa...

Naturalmente todo desembocó en una monumental gresca y todas las espadas se pusieron echando chispas. Dentro del mismo local hirieron a Catalina

acudieron otros amigos del Cid, apretáronme mucho y diéronme tres heridas...

Salió a la calle acorralada por el Cid y los suyos y allí siguió la reyerta y eran uno contra cinco. Al parecer dos vizcaínos que por allí pasaban se unieron a su compatriota y tres contra cinco siguieron la porfía. Finalmente el Alférez Alonso fue apuñalado por la espalda por el tal Cid, y otras varias heridas recibió en ese momento:

me dio el Cid por detrás con la daga una puñalada, que me pasó la espalda por el lado izquierdo, de parte a parte; otro me entró un palmo de espada por el lado izquierdo, y caí en tierra echando un mar de sangre. Con esto unos y otros se fueron...

Creeríamos que con esto la lid estaba terminada, Catalina estaba herida de muerte y era lógico que todos huyesen, pues los alguaciles estarían al llegar. Pero el Alférez, curtido por cien batallas contra los indios, no se iba a morir tan pronto, al menos no sin terminar su "trabajo":

yo me levanté, con ansias de muerte y vi al Cid en la puerta de la iglesia, fúime a él y el se vino a mi diciendo, ¡Perro! ¿Todavía vives? Tiróme una estocada y apártela con la daga, y tírlele otra, de tal suerte que se la entré por la boca del estómago, atravesándolo y cayó pidiendo confesión. Yo caí también...

Aparecieron los alguaciles, el corregidor, don pedro de Córdoba, frailes de la iglesia en cuya puerta había sucedido todo. El tal Cid yacía muerto, Catalina expiraba, pero como aún tenía un hálito de vida lleváronla a la casa en donde se hospedaba y llamaron al cirujano por si aún podía hacer algo por ella. No se atrevió el buen hombre a tocarla por si se le moría en las manos, pues todavía no había confesado y era imperativo que lo hiciese enseguida.

Esta vez Catalina se vio a las puertas de la muerte y como había venido un sacerdote para darle los últimos consuelos, ella hizo confesión general de sus pecados ante don Luis Ferrer, sacerdote de Valencia; al hacer confesión declaró que era mujer.

[...] y viéndome morir, declaré mi estado...

Bien podemos suponer el azoramiento del buen sacerdote al saber que el fanfarrón espadachín que se moría a chorros, era una doncella. Le absolvió de sus pecados y procuró darle ánimos para enfrentarse a lo que le esperaba en este mundo y en el otro. Le dio la extremaunción, que se llama el viático, y rezó por ella. No podía hacer más.

Pero el Alférez era resistente y empezó enseguida una mejoría acompañada de fuertes dolores, como ella lo cuenta en sus memoras

entró la curación y sentíla mucho, y con los dolores y el desangre, perdí el sentido.

Las primeras catorce horas estuvo entra la vida y la muerte, y cinco días más en que pareció que quizá podría vivir si le bajaba la fiebre. El buen sacerdote que le había confesado, no se apartó de ella y cuando la vio un poco mejor se la llevó al convento de San Francisco, pues se temía, y no sin

razón, que en cuanto se recuperase en lo más mínimo vendría a por ella la justicia. En el tal convento la aposentaron en la celda de uno de los frailes, que se llamaba fray Martín de Aróstegui y que era pariente de un amigo del Alférez. Amigo y fraile, ambos vascos.

Cuatro meses estuvo en cama antes de poder ponerse de pie, y cuando el corregidor se enteró, inmediatamente hizo diligencias para que ajustase cuentas con la justicia. Como ya venía siendo corriente, apostó a sus alguaciles fuera del convento para cogerla en cuanto asomase fuera de los santos muros. Una vez más se pusieron guardias en todos los caminos por donde podría, previsiblemente, escapar de la ciudad y se mandó que nadie le acogiese.

Una vez que vio que estaba sana, decidió que lo mejor era no quedarse en el Cuzco pues además de la justicia llegó a sus oídos que la esperaban los amigos del Cid. El Alférez tenía amigos devotos. El capitán Gaspar de Carranza le dio mil pesos; el tesorero Lope de Alcedo, tres mulas y armas, y don Francisco de Arzaga nada menos que tres esclavos. Dos amigos vizcaínos se prestaron a ir con él hasta que saliera de la jurisdicción del Cuzco.

A la salida de la ciudad se toparon con fuerzas de la justicia que pretendieron tomar preso al Alférez, pero él y los suyos se defendieron a tiros. Dos de los esclavos murieron en la refriega y uno de los alguaciles también cayó en la escaramuza. Las fuerzas de la ley, al ver el cariz que tomaban las cosas y viendo la encarnizada resistencia que ofrecía el acusado, optaron por huir, y Catalina y los suyos siguieron su camino. Cuando rebasaron los límites de a demarcación del Cuzco, los amigos se despidieron de él y el Alférez siguió su camino con el único esclavo superviviente y las tres mulas que seguían intactas.

—*Los sucesos de Guamanga*

Muchas aventuras sucedieron a Catalina, pero no es el sitio de enumerarlas todas. Una vez tenía dinero y otras tenía que vender lo que poseía para pagar su estancia en alguna posada, hasta que hallaba trabajo o se enrolaba en el ejército. Corría el año 1620, el Alférez acababa de llegar a Guamanga y hubo de vender su caballo en doscientos pesos

No sabemos si por afición o porque buscaba en el juego el remedio a sus apuros económicos, lo cierto es que entró en una casa de juego en donde, al mismo tiempo, entraba el corregidor Baltasar de Quiñónez, Para su desgracia le reconoció y gritó: "¡Dese preso!". El Alférez no se arrojó y contestó fríamente: "De buena gana", y sacando su espada se retiró hacia la puerta con la intención de huir tan pronto como le fuese posible. Pero el corregidor no se dio por vencido y a grandes voces clamó: "¡Favor al rey!" y entonces se originó un tumulto entre los que querían huir al oír voces de la justicia, y los que querían ayudar al corregidor en sus intenciones. Entre unos y otros Catalina no podía salir por la puerta, por fin se decidió a cortar por lo sano y sacando, como dice ella:

una pistola de tres bocas, salí y desaparecíme.

Una vez más buscó escondite en casa de un amigo vizcaíno, y allí se refugió por unos días. Al ver el mal comienzo de su estadía en Guamanga decidió cambiar de aires y una noche, confiando en que ya nadie la buscaba, salió de casa del amigo con intención de alejarse del lugar como fuera, con tan mala suerte que en la oscuridad topó con alguien que dijo: "¿Qué gente?". Respondió Catalina vagamente: "Amigos". Pero la voz insistió "El nombre". El

Alferez era "bocón", como decían por allí y no se le ocurrió mejor cosa que contestar desabridamente: "Lucifer". La inmediata fue que se le arrojaron encima, pues era la ronda nocturna y no estaban para bromas. Catalina, como tenía por costumbre, echó mano de la espada y enseguida se armó en la noche un gran ruido, la ronda vociferando "¡Favor al rey!" y unos tropezando con otros en la oscuridad con ruido de aceros y maldiciones. Al oír el barullo y las exclamaciones acudió el corregidor, que estaba cenando en casa del obispo, y con él llegaron más alguaciles. El Alferez, en la oscuridad, disparó una pistola y derribó a uno. El corregidor daba voces de que matasen al que había disparado y nadie se entendía. Por fin acudió el señor obispo con hachones de luz y todo se iluminó. Después de una discusión entre el corregidor y el obispo sobre quién había de llevarse al culpable del alboroto, Su Ilustrísima se llevó al detenido a su casa.

Para entonces Catalina debía de rondar ya los treinta años. Quién sabe si ya estaba cansada de tanta aventura, tanta rudeza y tanta muerte. El caso es que sin estar en peligro de muerte, al cabo de una larga conversación con el obispo, le confesó su condición.

El buen clérigo se había interesado por su vida, quién era y adónde iba. En sus memorias, la Monja Alferez lo relata así:

[...] su ilustrísima me hizo llevar a su presencia, y me preguntó quien era, y de donde vine a para allí el curso de mi vida, [...] mezclando buenos consejos y los riesgos de la vida y espantos de la muerte y contingencias de ella y el asombro de la otra (se refiere a la otra vida) si no me cogía bien apercibido [...] y pareciéndome estar en la presencia de Dios [...] y viéndole tan santo varón, decúbrome y le digo: [...] la verdad es esta, que soy mujer, que nací en tal parte, hija de Fulano y Zutana; que me entraron de tal edad en tal convento, con Fulana, mi tía;

que allí me crié, que tomé el hábito y tuve noviciado; que estando para profesar, por tal ocasión me salí; que me fui a tal parte, me desnudé, me vestí (de hombre) me corté el cabello, partí allí y acullá. Me embarqué, aporte, trajiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente...

Esta conversación había empezado a las diez de la mañana y eran la una de la madrugada del día siguiente y aun estaba Catalina contando su azarosa vida al atónito obispo. Tanto debió impresionar este relato al anciano prelado, que terminó llorando a lágrima viva al oír tanta aventura y desventura.

Aceptando todo lo que le había contado Catalina como verdadero, el sacerdote hizo que le prepararan una habitación algo menos austera, por ser ella mujer. Catalina, agradecida, le preguntó si quedaría más satisfecho en cuanto a la veracidad de sus palabras si una o varias matronas le examinaban y confirmaban su declaración. Convino en ello el obispo y así se hizo, confirmando las matronas que Catalina era mujer y que era virgen como cuando nació. Todo ello satisfizo al hombre de iglesia, y como se había corrido la noticia de que el revoltoso de aquella noche era en realidad una moza, había infinidad de personas apostadas fuera del obispado esperando ver a esa atrevida hembra, cuando abandonase la residencia del obispo. Esta afluencia de curiosos molestaba tanto a Catalina como al viejo prelado, así que se decidió sacarla en secreto de allí y llevarla, para mayor seguridad, a un convento. A los seis días de haber entrado en el obispado Catalina fue llevada al convento de las monjas de Santa Clara de Guamanga, porque en esa ciudad no había otro convento de mujeres más que el de las clarisas o franciscanas, que se llaman de Santa Clara. Habían pensado entrar al convento por la iglesia, pero sin saber cómo se había corrido la voz y el templo estaba lleno, así que para

evitar el genio y la curiosidad, hubieron de entrar en el convento por una puertecilla excusada.

Las monjas, avisadas en algo de la personalidad de su nueva compañera, la recibieron con velas encendidas. La abadesa firmó un documento en que se comprometía a devolver a Catalina cuando el obispo lo requiriese. Ella se vistió el hábito de las monjas, la llevaron al coro en procesión y allí todas rezaron, inclusive la nueva religiosa. Después de la ceremonia besó la mano de la abadesa y abrazó y fue abrazada por todas las monjas en señal de acogimiento y alegría. En seis días se había tornado de soldado bravucón y jactancioso en una piadosa doncella. Antes de separarse de ella Su Ilustrísima pidió hablar a solas con Catalina en el locutorio en donde le abrazó, le dio buenos consejos y le exhortó a perseverar como buena cristiana, dar gracias a Dios y frecuentar los sacramentos. También le prometió que vendría a verla muchas veces, cosa que cumplió el anciano prelado, hasta que cinco meses más tarde, repentinamente, Dios lo llamó a sí y Catalina se quedó sin su valedor.

El asunto de Catalina había trascendido y a la muerte del obispo de Guamanga se encargó de ella el obispo de Lima, el cual, a poco la mandó traer hasta su episcopado, firmaba la orden de traslado el ilustrísimo señor don Bartolomé Lobo Guerrero, que fue obispo allí desde 1609 hasta 1622, en que falleció.

—*Lo que sucedió en Lima. De nuevo en España*

Respondiendo a la orden recibida desde Lima se envió a Catalina a la Ciudad de los Reyes. Tal era su fama que para custodiarla se la llevó en litera, acompañada de seis clérigos, cuatro religiosas y seis hombres de espada. La fama de sus hechos le había precedido y en Lima, como había suce-

rido en Guamanga, una multitud de curiosos esperaba verla a su llegada. Fue recibida por el arzobispo e inclusive por el virrey, ambos interesados en conocer a la Mujer-Alférez.

No se puede decir que Catalina no intentase volver recatadamente a la vida monástica. Ella era creyente y aun devota, pero su naturaleza era rebelde y el gusto por la libertad, los espacios abiertos y, por que no decirlo, su genio vivo, no hicieron posible que ella permaneciese para siempre acogida dentro de los tranquilos muros de un claustro. A las autoridades tanto civiles como religiosas les hubiese gustado que esta discola mujer renunciase a su vida anterior, y que, como una nueva Magdalena, hiciese penitencia por su vida pasada. Ella era un mal ejemplo para todas las féminas, ellas se debían al hogar, a los hijos y al ámbito privado donde no se es protagonista de nada y se vive en función de otros y para otros, donde la mismidad femenina se desdibuja hasta hacerse inexistente. Catalina era un virago, uno de esos monstruos indefinibles que se atreven a competir con el varón.

Dos años permaneció en el convento de San Bernardo hasta que pidió ser traída a España. Vista la actitud de la inquietante monja, seguramente las autoridades se vieron liberadas al despachar a tan insólito personaje hacia la metrópoli.

Partió del puerto de Cartagena en 1624, aprovechando la venida de la armada del general Larraspuru hacia España. Una vez que se vio fuera del convento, y en alta mar, ni siquiera pudo esperar a llegar a tierra para comenzar otra vez con sus incidentes, sus peleas y sus riñas. Un altercado por una discusión de juego hizo revivir, lo peor, o lo mejor — según se mire — de la Moja Alférez.

Llegada a España viajó por distintos lugares, Cádiz, Sevilla y Madrid fueron visitados por la inquieta femina, pero de pronto tuvo una idea o una querencia. Como ya dijimos ella era creyente, y aun devota, así que se le puso en

la cabeza la idea fija de viajar a Roma para ganar el jubileo, es decir la absolución no sólo de sus pecados, sino de la pena que le correspondería pagar en el Purgatorio por todos sus pecados mortales y veniales. Así haría borrón y cuenta nueva ante el Señor.

El primer intento resultó fallido. Había decidido ir por tierra, quizá por su curiosidad innata por ver esas naciones extranjeras según las atravesaba, pero al llegar a Francia fue acusada de espionaje y devuelta a España.

La encontramos de nuevo en Madrid, y allí, atrevidamente, decidió suplicar Su Majestad Felipe IV que reconociese sus servicios en defensa de la corona en tierras de ultramar. Para ello hizo un memorial de su historia militar y se lo remitió a la Real Persona, la intención última de este memorial era suplicar una pensión por los servicios prestados al ejército en las Indias.

Su solicitud fue presentada al Consejo de Indias en 1625, contra todo pronóstico se le concedió una pensión de 800 escudos. Catalina tenía treinta y tres años.

—El viaje a Roma. El Papa y los Cardenales

No había abandonado su intención de ganar el jubileo de Roma, así que para acortar su viaje se dirigió Barcelona, pero en el camino fue asaltada y los ladrones se llevaron absolutamente todo, dejándole sólo la vida. En esta tesitura, cuando llegó a Barcelona tuvo que mendigar para comer, y su idea de viajar a Roma quedó por el momento en suspenso pues era pobre como un grillo. Esta penosa situación duró hasta que pudo entrar en contacto con el marqués de Montes Claros, don Juan de Mendoza y Luna, el cual la había conocido bajo su personalidad de Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán, cuando el de Montes Claros era Virrey



Manuscrito autógrafa de Catalina de Erauso: memorial solicitando una merced (1626)

—Archivo General de Indias, Sevilla.

en Lima. Recibió éste con agrado y sorpresa al "veterano" que había conocido allende los mares y al oír su historia completa, decidió llevarla ante el rey don Felipe. Durante el viaje hasta palacio suponemos que ambos recordarían cómo el Alférez había embarcado en la nave almiranta de los bajeles del virrey don Juan de Mendoza y Luna para luchar contra los holandeses y como ésta fue hundida y sólo se salvaron tres personas de toda la tripulación, siendo Catalina una de ellas. Seguro que ambos hablaron largo y tendido de aquellas tierras tan peligrosas y tan fascinantes.

No dejó de causar impresión al rey la historia de esta mujer excepcional, a la que escuchó atentamente mientras ella relataba alguna de sus aventuras. Tras el relato el soberano ordenó que se le diesen cuatro raciones de alférez y 30 ducados, con lo que al fin podía afrontar el soñado viaje a Roma.

En un curioso librito que circula sin saberse el nombre del autor, editado en 1653, cuyo título es *Última y tercera relación en que se hace verdadera del resto de la vida de la monja Alférez. Sus memorables virtudes y ejemplar muerte en estos reynos de la nueva España*,⁵ se relata que nuestra Catalina embarcó primero en Cádiz rumbo a Barcelona, de donde se haían a la mar rumbo a Roma. El capitán era un francés, y muchos de los marineros también lo eran. En charlas marineras, por distraer el viaje, alguno de los marinos discutían si los españoles o los franceses eran más valerosos. Un francés sostenía que su rey era el mayor del mundo, ella le respondió haciendo alusión a cómo se había tomado preso a Francisco I y cómo generosamente se le había libertado, de las alusiones pasaron a los hechos y Catalina fue arrojada al mar.

5 En la primera hoja del librito, al pie, se lee: "Impresa, con licencia, en México. En la Imprenta de Hipólito Rivera, mercader de libros - en el Empedradillo. Año de 1653".

Afortunadamente el Mediterráneo es mar muy surcado por barcos y otro que venía a media legua la recogió, si no allí hubiese acabado la historia de la Monja Alférez.

En Roma logró su deseo de ser recibida por el papa Urbano VIII, el cual quedó maravillado ante los relatos de esta brava mujer, sin saber qué hacer por darle alguna satisfacción le autorizó para que de allí en adelante pudiese vestir ropas de hombre, si tal era su gusto. Ahora nos podría parecer un permiso banal, pero debemos recordar que a las mujeres les estaba terminantemente prohibido vestir de hombre, y hasta la Inquisición vigilaba que se cumpliera esa norma. Además de este permiso muy especial, también ganó el jubileo para sí, y asimismo Su Santidad le obsequió con cuatro láminas del patriarca San José para que ella las reparatiese según fuese su gusto y al recibir la lámina el agraciado también ganaría el jubileo como si hubiese ido a Roma.

Todas estas manifestaciones de singular afecto no agradaron a todos los cardenales y alguno en particular manifestó al Papa su disgusto por ello. No era justo, dijo, hacer favores y mostrar predilección por una mujer que había sido religiosa y había abandonado el convento parairse de aventurera por el mundo, y además autorizarle para que anduviese con traje indecente. Pero el Papa no hizo el menor caso, al contrario, respondió al crítico:

"—¡Dame otra monja alférez y le concederé lo mismo!"

De Roma pasó un tiempo a Nápoles, lugar en donde terminó de escribir sus Memorias.

Habiendo cumplido su deseo de visitar la Ciudad Eterna y después de viajar por Italia llevada de su sempiterna curiosidad volvió a España, y buscándose un valedor logró hablar con el rey una vez más y por su intervención se retiraron sus papeles en el Consejo de Guerra y se le libraron en las "Caxas Reales" de Manila, México o Perú, 500 pesos

cada año. Presentó la primera Cédula al marqués de Cerralbo y por mandamiento suyo se le pagó en la Caja Real la cantidad mencionada.

—De vuelta en las Indias

No se avino nuestro Alférez a la vida menos aventurera que le ofrecía la Península, así que partió otra vez hacia aquellas tierras en donde había encontrado, si no fortuna, sí aventuras sin cuento.

No le hallamos de nuevo como soldado de fortuna, quizá a los casi cuarenta años buscaba ya un quehacer menos peligroso, así que con la cobranza a que se había hecho acreedora se compró una recua de mulas y se hizo transportista de bienes y personas.

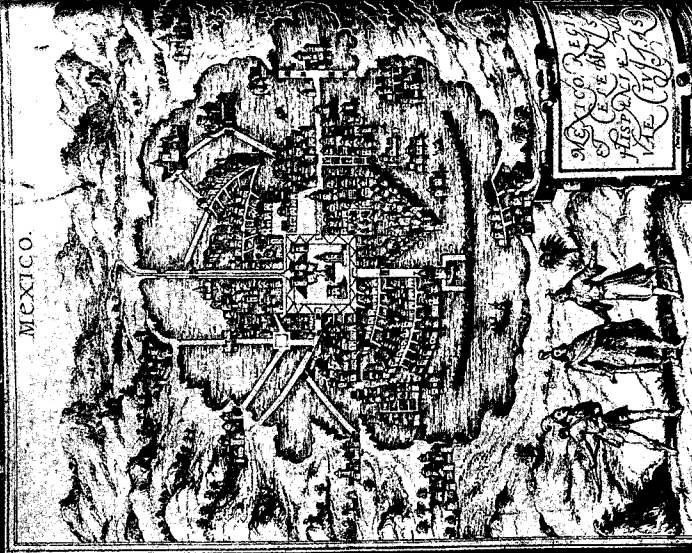
En el desempeño de este oficio se comprometió a llevar a una dama, que dicen era de gran hermosura, desde Jalapa del Valle a México, pues la señora iba a entrar como religiosa en esa ciudad. Un cierto individuo se dio en seguir la caravana por ver de obtener, si posible fuese, favores de la dama, o al menos enamorarla antes de que llevase a cabo sus intenciones. No pudo llevar a cabo sus propósitos, pues la transportista, sospechando lo que habría de suceder, se dio mucha prisa en llegar a su destino haciendo las jornadas sin descanso alguno, de modo que llegó a México con mucho adelanto y la dama sana y salva.

De esta hermosa dama se da el caso de que Catalina también se prendó. Sucedió que habiendo llegado, como dijimos, a la ciudad de México, aun surgió otro galán, y éste parece que sí agradó a la futura monja. El nuevo enamorado le ofreció matrimonio a la dama y ésta aceptó. Ello disgustó a Catalina y ofreció a la joven dotarla si entraba en el Convento, y además ponerle tres mil pesos de renta y dar-

Ciudad México
en el s. XVI

Izquierda:
Plaza central.

Debajo:
Estampa en G. Braun
y F. Hogenberg:
*Civitates orbis
terrarum*
(Colonia, 1572)



le la mitad de lo que se le pagaba de las Cajas Reales. Pero a pesar de tan generosa oferta, la dama, que seguramente se había enamorado de su galán, prefirió casarse con él a tanta dote. Esta decisión causó gran desazón a Catalina, y dicen que por esta causa enfermó, aunque no tengamos más detalles en relación a este supuesto mal de amores.

No olvidó el alférez Catalina a la hermosa desposada y así frecuentó su casa, pues la recién casada le apreciaba por el buen servicio que le había hecho trayéndola desde Jalapa hasta México sana y salva, y por el generoso ofrecimiento que le había hecho de dotarla para que entrase en el convento, sin sospechar ningún motivo más que una gran generosidad. También el esposo la admitía sin ninguna aprensión hasta que con tanta visita empezó a sospechar y le instó para que no volviese por su casa.

Nuestro Alférez se sintió gravemente ofendida por esta petición y escribió al esposo de su admirada señora el siguiente billete:

Quando personas de mi calidad entran en una casa con su nobleza, tiene asegurada la fidelidad del buen trato, y no aviendo el mío excedido los límites que piden sus parte de vm., es desalumbamiento impedirme el entrar en su casa; además que me han certificado que, si por su calle paso, me a de dar la muerte, y así yo, aunque muger, pareciéndome imposible a mi valor, para que vea mis bizarrías, y consiga la que blasona, le aguardo sola detrás de San Diego, desde la una hasta las seis. Firmado: Doña Chaterina de Erauso.

Posiblemente el esposo no conocía (o no se creía) los hechos de Catalina ni sabía que ella se defendía mejor que cualquier majo, ni sospecharía cuantos hombres llevaba ya muertos por su mano con daga o espada, así que recibiendo la nota de desafío, la desprecó como proveniente de una mujer. Con desgana le contestó lo siguiente:

Poco debiera a las muchas obligaciones que a mi calidad profesa, si viéndome tan desigualmente desafiado, me dexara llevar del enojo, que siendo (de) un hombre, podía, pero siendo de una muger, no es bien de tan conocido arriesgar la reputación adquirida y assi, sirviéndose vm., de dexar esso para los hombres, puede exercitase en encomendarse a Dios, que la guarde muchos años.

Esta despreciativa contestación ofendió e irritó a la pendenciera Catalina, pero como el esposo no deseaba batirse con ella, no tuvo más remedo que tragar quina, como suele decirse, y aguantar. Lo peor para ella no era el no poder batirse, ni que se le negasen las visitas a su admirada dama, lo peor era que se le había despreciado diciéndole que por batirse con ella el desafiado "perdería su reputación" y además le había recomendado "encomendarse a Dios", es decir, irse a rezar en lugar de batirse con un hombre.

Pudo resarcirse unos dos meses más tarde, cuando al pasar por un lugar vio al esposo luchando con espada y broquel él sólo contra tres hombres. Acudió ella en su auxilio con su espada y daga desnuda y poniéndose a su lado le dijo:

—"Señor hidalgo, los dos a los que salieren" —y diciendo esto acometió a los tres con tanto ímpetu que sorprendió al hidalgo. Llegaron otros al altercado y pusieron paz. Dijo el favorecido en el desafío.

—"Venga aquí esa mano" —y extendió la suya, pero Catalina le volvió las espaldas, envainó el acero y le contestó:

— "Señor hidalgo, como de antes, no le replico a esto". —Y se fue tan orgullosa como siempre. Con este hecho creció su fama en Ciudad de México y creció su negocio del transporte que llamaban "del tragino y de la harriería"

—*El fin de Catalina de Erauso*

Los últimos años de su vida los pasó Catalina en Veracruz, ejerciendo como arriera, transportando lo que hubiese, bienes o personas, equipajes, animales o lo que se le pidiese. Uno de sus clientes fue fray Diego de Sevilla, gracias al cual tenemos una semblanza de nuestra Monja Alférez:

[...] andaba en el hábito de hombre y traía espada y daga con guarniciones de plata y [...] tendría unos cincuenta años y era e buen cuerpo, no pocas carnes, color trigueño, con algunos pocos pelillos por bigote...

En el año de 1650 estaba todavía en su trabajo de transporte. Tenía 58 años, edad avanzada para los tiempos que corrían cuando la esperanza de vida era corta. Iba en ese año de camino a Veracruz con la carga que se le había confiado cuando al llegar a la altura de Quitlaxtla se sintió enferma y rápidamente falleció. Fue su muerte sentida por todos los que la conocían y su fama no se apagó con su tránsito de este al otro mundo.

Aunque de vida azarosa y poco recomendable, desde que dejó la vida militar y se dedicó a la arriería pasó por persona religiosa. Los que la conocieron testimoniaron que tenía todos los días por costumbre rezar lo que es obligación a las religiosas profesas, ayunaba toda la cuaresma y los advientos y vigiliás, hacía todas las semanas lunes, miércoles y viernes, tres disciplinas y oía misa todos los días.

A su entierro fue lo más lucido del pueblo de Orizaba, que fue a donde llevaron su cuerpo, y fueron también todos los presbíteros y religiosos del lugar, pues era cristiana bien conocida. El entierro, según las crónicas, fue

suntuoso y se le celebraron exequias muy sentidas y se le dio sepulcro honorífico.

Así terminó la vida de Catalina Erauso, mujer independiente, valerosa y aventurera, y sobre todo autosuficiente en un mundo donde a la mujer sólo se le permitía vivir dentro del hogar y no tener historia.

Los últimos paisajes que viera Catalina de Erauso, arriera en Veracruz.

